El Partido Obrero y el peronismo

EDICIONES
Prensa obrera

EL PARTIDO OBRERO Y EL PERONISMO

POR EL EQUIPO DE REDACCION
DE PRENSA OBRERA

I.S.B.N.: 950-07-0282-9
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la República Argentina

El Partido Obrero y el peronismo



El presente trabajo fue realizado colectivamente por el equipo de redacción de "Prensa Obrera".

En la primera parte se analiza el surgimiento histórico del peronismo y su evolución a lo largo de estas casi cuatro décadas hasta culminar en un balance del gobierno de Perón-Isabel en 1973-76. Esta referencia histórica introduce al lector para comprender las posiciones programáticas del peronismo a través del riguroso análisis de la llamada "doctrina peronista" y de las pautas programáticas del Justicialismo, tanto en el pasado como en el presente. Por último, se analizan las posiciones de las distintas corrientes del peronismo, y en especial de su llamado sector de izquierda.

La segunda parte incluye un análisis de la crisis política del peronismo, que se intentó disimular con el argumento de las "afiliaciones masivas" y de "que ahora deciden las bases", hasta culminar en la digitación de sus candidaturas entre hombres probados de la burguesía, del clero y de la derecha peronista.

Al publicar este trabajo, el Partido Obrero sigue contribuyendo a la necesaria delimitación política del peronismo y de todas las vertientes bueguesas, para el inevitable reagrupamiento del proletariado, única clase capaz de consumar la emancipación nacional y social.

Setiembre, 1983

INDICE

Segunda parte

Primera parte

CAPITULO I

Las elecciones del 24 de febrero de 1946

El 24 de febrero de 1946 —hace 37 años— el recién surgido movimiento peronista derrotó electoralmente, con el 55 por ciento de los votos, a una coalición —la Unión Democrática— que abarcaba al 99 por ciento de los partidos políticos, desde el Partido Conservador hasta el Partido Comunista. La U.D. contaba con el apoyo abierto del imperialismo norteamericano. ¿Cuál fue el significado del 24 de febrero para el país y la clase obrera?

El 17 de octubre

Las elecciones de 1946 fueron convocadas como resultado del 17 de octubre. Perón, que en el gobierno militar de Farrell ocupaba el triple cargo de vicepresidente, ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión, fue detenido una semana antes y confinado en la isla Martín García. Los sectores oligárquicos, y principalmente la gran burguesía industrial (U.I.A.), con el apoyo del PC y del Partido Socialista, venían reclamando la asunción

del gobierno por la Corte Suprema y la implementación por ésta de un plan de "institucionalización". La destitución de Perón fue un virtual golpe de estado perpetrado por el Ejército, con el apoyo de las otras armas, y como tal festejado por la Unión Democrática. La crisis política abierta reflejaba la profunda división que se había operado en las clases dominantes, incluído el imperialismo mundial (yanquis e ingleses) y abarcaba a todas las instituciones del Estado y la burguesía (el clero, las FF.AA., la policía, las cámaras empresarias, etc.).

La clase obrera se encontraba también profundamente dividida. Un sector de la dirigencia sindical se había alineado detrás de Perón, reivindicando la legislación social que éste impulsara desde la Secretaría de Trabajo. Cobraba cuerpo, así, la tendencia de un sector de dirigentes sindicales —de origen socialista, anarquista y también comunista— a integrarse al Estado a través de una fracción militar. El PC y el PS, por su lado, se integrarían en la Unión Democrática. Materializaban, así, el "gran acuerdo" entre el imperialismo yanqui y la burocracia rusa, establecido en Yalta en 1945.

La detención de Perón avivó esa división. Luego de una semana de parálisis y mutuas acusaciones, la CGT decidió convocar a un paro nacional para el 18 de octubre. Pero un día antes columnas de obreros marcharon sobre la Plaza de Mayo para exigir la liberación de Perón.

La reacción de la clase obrera fue inesperada, tanto para la reacción burguesa-imperialista —que confiaba que el PC y el PS eran un seguro de contención de las masas— como para Perón y el aparato que lo rodeaba (Perón sostuvo, ya destituído, que su carrera política estaba terminada). Esta irrupción, en medio de una descomunal división y vacilación en el alto mando militar, hizo que no solo no fuera reprimida sino que una concentración relativamente pequeña (40.000 personas, la mitad

de la plaza) transformara por completo la crisis política. El propio alto mando que destituyó a Perón planteó entonces su libertad y su traslado a los balcones de la Rosada, como la única autoridad que podía "encuadrar" a las masas. Perón fue liberado sobre la base de un acuerdo político: primero, eliminar toda movilización autónoma de las masas,y, segundo, dirimir la crisis política a través de la contienda electoral (institucionalización), que debía realizarse cuatro meses después: el 24 de febrero. El ejército se coloca como árbitro en la disputa de dos fracciones burguesas, que se comprometían a respetar el juego electoral e impedir movilizaciones autónomas de masas.

El mismo 17 de octubre, ante la muchedumbre reunida, el discurso de Perón fue claro: "*... Sé que se habían anunciado movimientos obreros; ya ahora, en este momento, no existe ninguna causa para ello. Por eso les pido como un hermano mayor que retornen tranquilos a su trabajo y piensen. Y hoy les pido que retornen tranquilos a sus casas...*".

Nada de movilización, nada de aprovechar el empuje de las masas para golpear a la oligarquía y al imperialismo. El peronismo no volverá a protagonizar nunca más un 17 de octubre (movilización semi-espontánea). Las manifestaciones de masas desde esta fecha hasta 1955, serán todos movimientos encuadrados y regimentados.

El Partido Laborista

Una de las consecuencias inmediatas del 17 de octubre fue el surgimiento del Partido Laborista. En su creación estuvieron los sindicalistas que protagonizaron el 17 de octubre. El laborismo pretendía ser un partido obrero, pero, en verdad, no fue más que un vehículo de la candi-

datura de Perón. Fue éste quién alentó su formación, esto porque necesitaba contar con un aparato electoral. Según sus estatutos, el P. Laborista debía nuclear a los sindicatos y sectores obreros, pero en las candidaturas, además de la de Perón, llevó a conspicuos dirigentes patronales y militares. La dirigencia sindical que conformó el laborismo no tenía, ni pretendía tener, ninguna autonomía respecto a Perón. En los actos, las masas abucheban a los líderes "laboristas" que precedían a Perón en el uso de la palabra. Luego del 24 de febrero, mediante el manipuleo de los colegios y actas electorales, la proporción de candidatos patronales y militares electos fue abrumadora, y así estos se alzaron con las gobernaciones y la mayoría de los senadores y diputados. El P. Laborista que obtuvo el 85 por ciento del millón y medio de votos (el 15 por ciento restante fue a la Junta Renovadora, un desprendimiento radical) no tuvo, por todo esto, más que una representación "laborista" ínfima.

La izquierda nacionalista sostiene que para los comicios del 24 de febrero se conformó "un verdadero Frente Nacional", en el que "la clase obrera sería la columna vertebral del movimiento" (Suplemento "La Voz", 13/2/83). En verdad, a través ya no sólo del programa, sino de la imposición y aceptación de candidaturas patronal-militares, que no reflejaban el caudal que aportaban, y, luego, mediante el manipuleo en los colegios electorales, la "columna vertebral" no obtuvo una representación significativa ni siquiera por la vía de la corrupta burocracia sindical.

El P. Laborista no fue ni pretendió ser un partido obrero. Aunque establecía que se basaba en los sindicatos, estos estaban encuadrados por el Ministerio de Trabajo a través de la ley de Asociaciones Profesionales. El estado podía intervenir sindicatos (¡y los intervenía!) que eran la base del partido. (!!).

Por otro lado, su función no fue organizar a la clase obrera sino hacer elegir a Perón, un candidato militar-patronal. Nunca realizó un congreso sobre la base de sus estatutos. La burocracia sindical que se puso a su frente, respondía a los sectores menos combativos de la clase, y no era aceptada por su base. Que el peronismo tuviera en su origen a un "partido laborista" y que Perón actuara como caudillo de sectores obreros más combativos que la propia burocracia, demuestra hasta qué punto, para tener vigencia, tuvo que hacerse pasar por representante de los trabajadores y hacer creer que era un partido obrero "nacional". El peronismo llegó muy tarde como movimiento nacional, en relación a los 60 años de historia que ya tenía el movimiento obrero, y es por eso que tuvo que esforzarse por capturar a su servicio a una poderosa clase social, pero que estaba privada de dirección política clasista.

La retórica nacionalista

Una característica fundamental del proceso electoral fue la intervención abierta del gobierno y del embajador yanqui (Braden) a la cabeza de la Unión Democrática, al punto que era el orador "de fondo" en muchos de sus actos. Se comprobó también que la Unión Democrática cobraba cheques de la Unión Industrial para financiar su campaña. Esto no melló para nada la entusiasta adhesión del PS y del stalinismo a la coalición burguesa-imperialista. El stalinismo llamó a rechazar el cobro del aguinaldo, sancionado por el gobierno de Farrell en diciembre de 1945, con el argumento que era un invento pro-nazi. (!!)

Perón explotó a fondo la intervención de Braden para presentar la disyuntiva de Patria o Colonia, Perón o Braden. Perón fue muy a fondo en su verborragia nacionalis-

ta desde las tribunas (lo que es típico de estos movimientos) pero en el gobierno de Farrell, como luego en su gobierno, nunca tomó medidas efectivas y reales de emancipación nacional.

El Departamento de Estado yanqui publicó días antes de las elecciones el Libro Azul, para certificar las vinculaciones de Perón con el nazismo. Los yanquis apostaron a la Unión Democrática que aparecía como "favorita", pero ya había sectores del imperialismo norteamericano que reclamaban un giro hacia Perón. El gobierno properonista de Farrell había declarado la guerra a Alemania como pidieron los yanquis y apoyó la conformación de las Naciones Unidas y de todo el "orden" mundial de posguerra controlado por EE.UU.. Finalmente, los yanquis se opusieron al reclamo del stalinismo de invadir la Argentina para impedir la asunción de Perón y, después del 24 de febrero, rápidamente despidieron a Braden. Perón no dudó un instante en suscribir el tratado imperialista militar de Río de Janeiro (1947).

Regimentación e integración

El 24 de febrero cierra la crisis política y termina el breve período movilizador del peronismo. Perón, que ya ha ganado la dirección y las organizaciones obreras, se empeña a fondo en completar su tarea de regimentar al proletariado y recomponer sus relaciones con los explotadores. El 24 de febrero no inaugura una fase antiimperialista y de movilización, sino de totalitarización de los sindicatos. Ya enseguida saca una frondosa legislación de arbitraje del Estado, de prohibición de huelgas en servicios públicos, etc. Las huelgas (que sacaban "los pies del plato") fueron reprimidas. Al frente de los sindicatos colocó a una corrupta burocracia sindical, aún más corrompida,

que muchas veces debió decapitar por el fenomenal odio de los trabajadores. En 1948, la huelga de la FOTIA (azucareros de Tucumán) fue violentamente reprimida y en 1950 los ferroviarios fueron movilizados militarmente. El partido laborista fue suprimido y se formó el partido único, luego llamado peronista.

Puede decirse que hacia 1949 Perón había logrado una completa integración y regimentación del movimiento obrero, al punto que la CGT era, según sus estatutos, una rama del peronismo, que se comprometía a no apoyar ninguna huelga que no contara con el aval de Perón.

Pero cuando el peronismo llegó al apogeo del totalitarismo, la crisis económica comenzó a erosionar las bases de su estabilidad. Perón convocó al Congreso de la Productividad y el lema del peronismo será, a partir de 1950, "trabajo y más trabajo". A partir de 1949 hay una brusca caída del salario real. El peronismo comienza a revelarse como una frágil cáscara de contención de las masas y el imperialismo decide desplazarlo con el golpe de la Libertadora en 1955. Perón no resiste, porque eso suponía movilizar a los trabajadores. La gran mayoría de la dirección sindical peronista pacta con Lonardi —el líder del golpe— y desarticula la resistencia espontánea. Las grandes organizaciones sindicales revelaron toda su impotencia, sometidas al programa de conciliación de clases y de subordinación al Estado burgués.

La clase obrera recorrió completamente la experiencia con el peronismo. El movimiento que debutó con una huelga y movilización obreras de características antiimperialistas, 30 años después fue herido de muerte por otra gran huelga y movilización obreras: las de junio-julio de 1975. Es esta evolución del proletariado —asentada en la dura resistencia a la dictadura— la que cimienta la construcción del partido obrero.

CAPITULO II

El significado del 11 de marzo de 1973

El 28 de junio de 1966 se produjo el golpe militar de Onganía. Perón, desde su exilio, llamó a "desensillar hasta que aclare" y calificó a Onganía de "soldado de la Patria". Vandor y Alonso, principales dirigentes sindicales peronistas, asistieron a la ceremonia de asunción de Onganía. Allí ratificaron lo que se llamó la "expectativa esperanzada". De inmediato, Onganía intervino las universidades y reprimió a fondo las huelgas azucarera y ferroviaria. El 1ro de marzo de 1967, la burocracia sindical entregó el paro nacional que convocara en solidaridad con los gremios en lucha. Se inició así un profundo retroceso del movimiento obrero. Fueron los largos meses dorados del onganiato que algunos creyeron que duraría años.

A fines de 1968, la política económica del onganiato estaba agotada y el movimiento obrero se recuperaba. Se producen las grandes huelgas de petroleros y Fabril Financiera. En Córdoba el proceso es más intenso. El 29 de mayo de 1969 se produce la gran gesta obrera del "cordobazo". El levantamiento de Córdoba hizo añicos al onganiato y, con él, a todo el planteo participacionista

de la burocracia peronista. Comienza un gran ascenso obrero y se crea una situación revolucionaria. La burguesía (con su clero, sus FF.AA., sus partidos y su burocracia sindical) se ve obligada a pegar un viraje.

Un G.A.N. para voltear a Onganía e "institucionalizar"

En junio de 1970, las FF.AA. desplazan a Onganía. El colosal ascenso obrero, en medio de una fuerte crisis económica, le imponía a la burguesía operar un cambio de régimen político. La "revolución argentina" (como ahora el "proceso") estaba agotada.

El planteamiento del golpe fue la "institucionalización": a través de la legalización de los partidos burgueses y de una transición electoral se buscaba bloquear y desviar el descontento de las masas. El planteamiento estratégico era oponer la "institucionalización" al ascenso obrero. Cualesquiera fuesen las disputas en la burguesía y entre sus partidos y el régimen militar, el planteamiento global era recomponer el Estado burgués (en crisis por el ascenso obrero) y provocar el reagrupamiento de la burguesía en torno a un nuevo eje político.

Las tendencias al desplazamiento de Onganía existían con anterioridad al cordobazo y traducían una crisis política latente. Durante 1968 se celebró el acuerdo Illia-Perón y se hablaba de negociaciones de este último con Aramburu con el fin de montar un golpe liberal. En función de esto la burocracia sindical se dividió: se formó la CGT de los Argentinos, liderada por Ongaro, que se alineó detrás del pacto Illia-Perón. La CGT de Azopardo, liderada por Vandor, permaneció fiel a los acuerdos con Onganía.

El golpe de junio de 1970 reflejó un compromiso inestable en el alto mando militar. Fue por eso el primer paso en la vía de armar la "institucionalización". La de-

signación de Levingston como presidente llevó dos semanas. Las bases políticas de la "institucionalización" estaban débilmente construídas. Levingston intentará con algunas tibias medidas económicas nacionalistas, dotarse de base propia pero fracasará. La crisis económica se acentúa y el ascenso obrero cobra un carácter agudo. Resultado de una victoriosa ocupación de fábrica, se forma el Sitrac-Sitram (los sindicatos de Fiat) con direcciones combativas e independientes.

El frente de la "institucionalización" decide asumir, entonces, un carácter orgánico. En noviembre de 1970 se forma "La Hora del Pueblo", que nuclea al peronismo, a radicales, Partido Socialista Argentino, Partido Demócrata Progresista y conservadores populares. El planteo de la Hora del Pueblo es el desplazamiento de Levingston. En enero de 1971, el delegado de Perón, Paladino, declarará públicamente que "la caída de este gobierno se ha de producir a corto plazo". Se estructura así **el "Gran Acuerdo Nacional"** del golpe lanussista. Una gran huelga activa en Córdoba contra el recién nombrado gobernador Uriburu, en marzo de 1971, termina por eliminar todas las dudas en el alto mando. Levingston es desplazado, y Lanusse —comandante en jefe del Ejército— asume la presidencia. Un hombre de La Hora del Pueblo, el radical Mor Roig, con la autorización de Balbín, asume el ministerio del Interior.

La bandera del golpe fue la "institucionalización" y su función fue quebrar el ascenso obrero. Este viraje respondía también a un reacomodamiento global de la burguesía frente al imperialismo, como lo venían reclamando varias centrales empresarias desde 1968. El plan de Onganía-Krieger Vasena debilitó a la burguesía industrial frente al capital extranjero ("desnacionalizaciones"). Pero lo esencial , en las condiciones de un ascenso obrero nunca visto en el país y con un régimen militar descom-

puesto y en crisis, era lograr un nuevo eje de reagrupamiento de la burguesía que permitiera encuadrar a las masas. La "audacia" de la burguesía será entonces no sólo la de levantar la proscripción del peronismo sino de incorporar a éste a un acuerdo global, estratégico, del conjunto de la burguesía de defensa del Estado burgués, frente al movimiento obrero.

Perón aplica el G.A.N. en su frente interno

La primera gran tarea que se asignó Perón fue la de disciplinar a todos los componentes del peronismo a la nueva estrategia del GAN. A la burocracia peronista le ordenó una tregua social, en momentos en que Lanusse ratifica que no convocará a las paritarias. A comienzo de 1972 los conflictos obreros se suceden y obligan a la CGT a insinuar un plan de lucha. En febrero, Perón manda su famosa carta a Rucci —secretario general de la CGT— ordenándole levantar el plan de lucha, efectivizar una nueva tregua social y llegar a un acuerdo programático con la patronal de la CGE.

Ante los conflictos de la vieja y nueva izquierda peronista con la burocracia sindical, Perón le da un gran espaldarazo a Rucci y Coria y ordena que la JP saque los pies de los sindicatos. Esta, por boca de Galimberti, en agosto de 1972, acatará la orden con el verborrágico argumento de que "los sindicatos son por naturaleza reformistas". (Hasta mediados de 1973 no formará la J.T.P. —Juventud Trabajadora Peronista). La CGT de los Argentinos, dirigida por Ongaro, fue "vaciada" desde fines de 1969 por orden de Perón, y sus principales componentes se pasaron a la CGT de Azopardo. La lucha contra el clasismo y contra el activismo independiente que surgía en las fábricas y sindicatos, pasó a ser la gran bandera.

Todo este proceso fue negado sistemáticamente por la izquierda peronista. Esta tomó las disputas de Perón con Lanusse como una cuestión estratégica, lo que le impidió ver lo fundamental: el disciplinamiento interno del peronismo en función del acuerdo global con los partidos y las FF.AA.

Por qué el choque Lanusse-Perón no se desborda

Lanusse pretendía asegurar el continuismo militar mediante un acuerdo con el conjunto de los partidos. Esto lo llevará a decir que el nuevo gobierno constitucional debería ser de "transición para la democracia". Lanusse confiaba en poder repetir la experiencia peruana, de apoyo del APRA al gobierno militar, o la propia de Perón cuando apoyó a Frondizi en 1958. Pero el planteo de Lanusse era inviable. Ni el régimen militar, ni Perón podían imponer eso. El ascenso obrero era imponente y la camarilla militar estaba totalmente en crisis. El choque entre Perón y Lanusse estalló cuando Paladino, el delegado de Perón y artífice de las negociaciones de Lanusse, comenzó a actuar en función de la estrategia de éste. Perón defenestró a Paladino y nombró a un probado obsecuente, Cámpora, como su delegado personal.

Comenzó entonces un período de confrontaciones. La virulencia verbal entre Perón y Lanusse cobró vuelo. ¿Qué traducía esa pugna? Para Perón estaba claro que la camarilla militar no podía ser el eje del reagrupamiento de la burguesía. Sobre la base de un régimen desahuciado no podía estructurarse el relevo del Estado en condiciones de una poderosa insurgencia obrera. El régimen militar estaba "agotado" y no podía dictar los términos de su sucesión política. Se trataba de un conflicto sobre cómo mejor defender el interés general de la burguesía, y los

acontecimientos van a probar que Perón tenía razón.

Para Perón el problema era montar un acuerdo nacional por encima de la camarilla militar de turno. Ese acuerdo debía contar con estructuras formales que actuaran como un sistema de garantías hacia la gran burguesía y el imperialismo. La hora del Pueblo, luego el Frejuli, el pacto CGE-CGT, las actas de reconstrucción nacional, fueron las piezas claves del G.A.N.. A partidos y políticos burgueses desahuciados, Perón les dió un lugar de privilegio: los Solano Lima, los Frondizi, pasaron a ocupar los puestos claves en las estructuras del acuerdo.

Lanusse se vio obligado a renunciar a su candidatura, pero largó la famosa cláusula del 25 de agosto: quien no estuviera en el país antes de esa fecha no podía ser candidato y lanzó el reto a Perón.

En noviembre Perón regresó al frente de una comitiva compuesta de conspicuos dirigentes burgueses y empresariales. En los 26 días que permaneció en el país se consagró a reafirmar el G.A.N. por encima de Lanusse. En el restaurante Nino se celebra la gran reunión del acuerdo nacional con Perón, Balbín, Frondizi, y demás líderes burgueses. Forma el FREJULI, que será el frente electoral del peronismo con el frondicismo y los conservadores populares. El "retorno" es un momento cúlmine de los roces con el lanussismo y de reafirmación del acuerdo nacional.

Perón no plantea el levantamiento de su proscripción, pero su vuelta —con el Nino, el FREJULI, etc.— despeja el camino de las elecciones. Estas se celebrarán sin la candidatura de Perón y con éste en el exterior. El FREJULI levantará la fórmula Cámpora-Solano Lima, el primero un títere de Perón, el segundo un don nadie.

Las elecciones se realizan en medio de una gran crisis. La camarilla militar agrava todo el problema de la transición. Impone el ballotage (segunda vuelta) con el cálculo

de que el peronismo no obtendría la mayoría absoluta y se vería obligado a una negociación final en el colegio electoral.

La izquierda peronista y foquista

En este proceso cobró fuerza la izquierda peronista (montoneros) y en una menor medida la izquierda foquista no peronista (ERP). Estos grupos surgieron en el período de reflujo del movimiento obrero (años 1967-68). Los montoneros, como un desprendimiento del catolicismo, y el ERP de una división del PRT. El pronóstico de estas fuerzas era que el onganiato era imbatible y que había que apelar a acciones "ejemplificadoras" o métodos contundentes desde fuera del movimiento de masas. El cordobazo desmintió este pronóstico, pero no produjo ninguna alteración en su accionar.

El problema que abría el cordobazo era cómo orientar el ascenso de masas para que ellas condujeran a la eliminación del gobiermo militar, lo cual colocaba como una cuestión clave la independencia de clase. Los foquistas siguieron con sus acciones indiscriminadas colocándose de espaldas al proletariado.

Es poco sabido que a mediados de 1970, los montoneros se opusieron al planteamiento de Perón en el sentido de apoyar a la institucionalización y de participar en las elecciones. En una carta a Perón le escribieron "que no podemos considerar nuestra estrategia la toma del poder por el camino de las urnas; porque inexorablemente la conseguiremos pero irremediablemente la perderemos... considerar las elecciones como camino estratégico para la toma del poder es incoherente y por tanto incorrecto". Esta oposición a la institucionalización, sin embargo, no iba acompañada de un planteamiento hacia el movimien-

to obrero de independencia de clase, por lo que era estéril y foquista.

Perón deshizo rápidamente la oposición montonera y éstos declararán que "la política frentista de Perón es superior". Comienza la gran era de capitulación de los Montoneros y la J P ante Perón. Se subordinan a toda la política de pactos y garantías de Perón. Se confunden ante el G.A.N.: no ven en la disputa Lanusse-Perón un momento de la pugna por la dirección del reagrupamiento burgués sino un rechazo de la "institucionalización". Entran de lleno en la demagogia de Perón de la "patria socialista" y la "juventud maravillosa", dejando de lado, no sólo la trayectoria de Perón (1946-55), sino toda la red de acuerdos con el gran capital y el imperialismo. Apoyaron así un proceso al que calificaron de liberador sin ver que se trataba de una contrarrevolución "democrática". El ERP, a su vez, hará un seguidismo atroz a la JP, planteará un gobierno de los sectores burgueses progresistas y finalmente dará libertad de voto (para votar por el FREJULI) el 11 de marzo.

La JP jugó un papel importante de pasividad en la destrucción del Sitrac-Sitram por Lanusse a fines de 1971. Un régimen militar en crisis quebró la tenaz resistencia de los obreros de Fiat, solamente porque el peronismo en la conducción de las masas logró aislarla. La quiebra del Sitrac-Sitram no le permitió al régimen militar superar su crisis, pero logró eliminar la única perspectiva orgánica independiente que tenía el movimiento obrero.

Ahora, los foquistas se autocritican de este pasado, pero el balance que extraen es que debieron adaptarse aún más a la "institucionalización". Se pasan, ahora, del foquismo no revolucionario al democratismo burgués capitulador. Hacen una oposición formal entre foquismo y democratismo, sin ver el contenido común en ambos: su carácter de clase pequeño-burgués. La autocrítica no

toca ese contenido, por eso se vuelven a sumar a la nueva política del G.A.N. de Bittel, Caffiero y Saadi. Este balance indica el camino que están recorriendo en esta nueva "institucionalización" de Bignone.

El 11 de marzo

El 11 de marzo el FREJULI obtuvo el 51 por ciento de los votos. La gran mayoría de los trabajadores y toda la JP pensaron que habían derrotado al G.A.N. y que se abría un curso antiimperialista impulsado por el peronismo en el gobierno.

Lo real era que una de las fracciones del GAN —la más importante, la dirigida por Perón— se había impuesto con el programa de constituir un gobierno fuerte y disciplinar a las masas. El proceso que se va a abrir el 11 de marzo no es el de la "liberación" ni la "justicia social" sino el de doblegar a los trabajadores.

La actitud de las cámaras empresariales fue concreta. El presidente de la UIA, Elbio Coelho, declaró su apoyo a la asunción de Cámpora. La Bolsa de Comercio, en abril de 1973, valoró el resultado electoral porque "un gobierno con fuerte respaldo ciudadano... constituía la base indispensable para consolidar la estabilidad política..."

Antes de asumir Cámpora, Perón destituyó a Galimberti, líder de la JP, por propugnar milicias populares. (La demagogia era válida para el jefe, no para los subordinados). El 1ro. de mayo, en un mensaje, Perón condenó a las "formaciones especiales" y llamó a no esperar la sanción de leyes sociales importantes del gobierno que iba asumir el 25 de mayo.

El 9 de mayo, Cámpora, Rucci y Gelbard suscriben el "acuerdo de reconstrucción nacional" . Pactan que las paritarias se posterguen dos años más y una nueva tregua

social. Cámpora se reúne con los tres comandantes y se aprueba que los presos saldrán por una ley de amnistía discutida en el Parlamento.

El 25 de mayo de 1973, Cámpora asume la presidencia. Se grita "se van, se van, y nunca volverán". Ese mismo día, una multitud se dirige hacia las cárceles y Cámpora tiene que firmar el indulto.

El camporismo no existió nunca; fue un títere de Perón y no podía arbitrar en un peronismo atomizado al frente del Estado. Sus 45 días en el gobierno van a ser de una fuerte crisis y tensión políticas. El alto mando reclama entonces la presencia de Perón. El 20 de junio Perón regresa. La derecha peronista organizó una verdadera masacre en Ezeiza (se calcula unos 200 muertos). Perón, por radio y TV, fustiga a Cámpora por su "desgobierno". El 13 de julio el camporismo es desalojado: la burocracia sindical y el lopezrreguismo, con la anuencia militar, plantean la asunción directa de Perón.

Perón se empeñó a fondo en doblegar al movimiento obrero, en consolidar a la burocracia sindical y en colocar a los elementos terroristas-fascistas al frente del Estado. La contrarrevolución "democrática" adquiría formas violentas. Muerto Perón, el peronismo se revelará más incapaz aún de contener a las masas (en junio-julio de 1975 se produce la huelga general). El peronismo va colocando todos los engranajes del golpe militar que lo irá a sustituir: militarización, estado de sitio, AAA, etc.

CAPITULO III

A quién sirve actualizar el programa del FREJULI

Las conmemoraciones del 10mo. aniversario del triunfo electoral del peronismo en 1973 han dado lugar a diversas declaraciones favorables a la formación de un nuevo FREJULI (Frente Justicialista de Liberación). Voceros patronales y jerarcas sindicales, a su vez, están replanteando la necesidad de "un pacto social" como el postulado por aquel Frente. La "izquierda peronista", por su lado, plantea que habría que "actualizar" las "pautas programáticas" del FREJULI. Todo esto nos parece una excelente oportunidad (luego del artículo sobre "las elecciones del 11 marzo", aparecido en "Prensa Obrera" Nro. 7) para examinar el programa con el que el peronismo (y sus aliados desarrollistas, conservadores populares, democristianos y socialistas) llegó al gobierno hace diez años.

Concepción política

El programa del FREJULI fue presentado como la expresión de una concepción política general. Sus postula-

dos debían materializar lo que sus autores definían como el "proyecto nacional" y en el que residiría el núcleo doctrinario histórico original del peronismo. El "proyecto nacional" aparecería, no sólo como la oposición al llamado "proyecto oligárquico", sino que sería, incluso, su superación. Es inconfundible que, con tales planteos, lo que el peronismo y el FREJULI pretendían era reclamar para sí la conducción de la nación oprimida. No sólo eso. A partir de este planteo el peronismo no sería ya un partido político sino la nación misma, y, por lo tanto, habría superado los antagonismos entre explotadores y explotados.

Esta cuestión del "Proyecto nacional", sin embargo, es un simple enmascaramiento de que, para el peronismo, es la burguesía y no la clase obrera, la que debe y puede dirigir a la nación oprimida. Fuera de este aspecto, el "proyecto nacional" no existe, y el peronismo nunca se guió en su actuación política por un tal "proyecto nacional". Para que las ideas y el programa puedan convertirse en la base de la acción política, ellas deben expresar las necesidades de la transformación social y los intereses de la clase históricamente en ascenso. Pero el peronismo nunca planteó una revolución social (por eso nunca expropió a la oligarquía), ni expresó las aspiraciones históricas del proletariado. Es debido a esto que, lejos de actuar en función de un "proyecto nacional", la trayectoria del peronismo se caracteriza por la completa falta de principios, por el más crudo empirismo, por una total adaptación a las más diversas presiones políticas, y por la suplantación, precisamente, de las ideas programáticas por un caudillo, no importa lo popular que sea.

Cuarenta años de "proyecto nacional"

Lo ocurrido en los últimos 40 años demuestra el

"camelo" del "proyecto nacional".

* En 1945, el peronismo se presentó como un frente antiyanqui que iba desde fracciones de la oligarquía hasta el movimiento obrero y desde la iglesia hasta fracciones del radicalismo, contando incluso con la neutralidad favorable del imperialismo británico.

* A partir de 1951, sin embargo, bajo la presión yanqui, plantea la colaboración con el imperialismo norteamericano (contratos petroleros).

* En 1958, el peronismo, con su proyecto nacionalista, apoya a Frondizi, que levanta un claro programa entreguista (eso ès el "desarrollismo").

* Frente al gobierno de Illia, que toma medidas nacionalistas (anula los contratos de petróleo y establece un control del comercio exterior) lleva adelante una línea golpista, que culminará en el apoyo a Onganía.

* En 1967-68, cambia de frente y realiza tratativas que culminarán en La Hora del Pueblo, cuyo programa plantea revertir las desnacionalizaciones de empresas producidas bajo el onganiato.

* En 1972-76 se desplaza de la demagogia izquierdista, y aun socialista al fascismo de López Rega, y del "pacto social" al "rodrigazo" —desatando el proceso de mayor miseria que conocieran las masas argentinas y el más fantástico enriquecimiento especulativo.

Carácter de clase del peronismo

Lo que se desprende de este breve resumen es que el

peronismo ha actuado sin ninguna fidelidad a las ideas, e incluso con completa falta de ellas. Si existió algún intento de ajustarse a una suerte de "proyecto nacional", es evidente que concluyó en un fracaso.

Este fracaso tiene su explicación. Los sigzagueos constantes del peronismo reflejan la situación concreta de una clase social, la burguesía nacional. Esta clase es incapaz de plantearse un proyecto propio, de características independientes del imperialismo y de la oligarquía terrateniente. Las necesidades de desarrollo de esta clase social, y que se expresan en la industrialización, no pueden satisfacerse sin compromisos constantes con el imperialismo y sin una adaptación a los cambios que se operan en el mercado mundial. La burguesía es incapaz de quebrar el dominio del imparialismo sobre el país, y al final debe capitular ante él, bajo la presión de la mayor fuerza del imperialismo y por el temor a movilizar o a dejar que se movilice la clase obrera.

El peronismo lejos de tener un "proyecto" estable independiente de la burguesía, ha debido traducir, según las características de cada etapa, las exigencias del desarrollo de aquella. Esto explica el cambio de sus planteos programáticos: de la "industrialización autónoma" de 1945 a la "asociación con el capital extranjero" del FREJULI; "del desarrollo del mercado interno" a los "subsidios a los exportadores"; de la demagogia nacionalista al anticomunismo violento.

¿En contra del régimen o a su servicio?

El retorno del peronismo al gobierno, en 1973, no puede, por todo esto, ser presentado como el resultado de una lucha programática por el "proyecto nacional". Pero cuando se parte de que la crisis que permitió ese retorno

tiene su origen en el "cordobazo", se ve que el llamado programa del FREJULI no sólo no es la materialización de la "idea nacional" sino que es, más específicamente, otro de los instrumentos para apagar el fuego de la insurgencia obrera. Es a esta tarea a la que se van a dedicar, precisamente, los gobiernos peronistas del 73 al 76.

En ese sentido, el programa del FREJULI es también una distorsión de la realidad política. Pues en tanto el programa (y sus propagandistas) tratan de poner de relieve los puntos de características nacionalistas (en relación a la situación creada bajo el gobierno militar), la preocupación esencial del FREJULI va a ser la de lograr el disciplinamiento de la clase obrera. De aquí resulta que el programa es, hasta un cierto punto, un ocultamiento de la política que se va a realizar.

Este ocultamiento puede ser consciente o inconsciente, pero lo que importa es que refleja la siguiente realidad: cuando la clase obrera comienza a actuar en forma independiente, la burguesía "popular" tiene que adoptar los métodos de la reacción y hasta hacer causa común con ella. Un pequeño ejemplo de esto lo acabamos de ver en la campaña de todos los medios de comunicación contra los obreros de Volkswagen, instigados por el gobierno, la patronal y la burocracia.

La existencia de una crisis económica mundial acentúa la dependencia de la burguesía respecto al imperialismo. Para resistir la presión de éste la burguesía necesitaría movilizar, bajo su control a la clase obrera. Pero como esta ya está movilizada, así sea por sus reivindicaciones inmediatas, la base de una política de resistencia limitada de la burguesía frente al imperialismo, se rompe. Los "teóricos" burgueses esquivarán, en su pro-

paganda, esta realidad objetiva, atribuyendo la crisis a la "ultraderecha" y a la "ultraizquierda".

Doctrina "social"

Reducida a lo esencial, la doctrina peronista plantea la "humanización del capital" y la "comunidad organizada". Claro que todo esto no es del peronismo sino de las encíclicas papales.

El capital no es otra cosa que la explotación creciente del obrero asalariado. A esto está ligado su carácter progresivo en cierta etapa histórica, pues lo impulsa a revolucionar los métodos de producción (que es un medio de extraer mayores beneficios). "Humanizarlo", es decir, llevarlo a que atenue esa explotación es utópico, pues sería privarlo de su razón de ser, y hasta sería reaccionario, porque dejaría de impulsar el cambio técnico. Lo que en realidad está planteado es humanizar a la sociedad (inhumana porque se basa en explotadores y explotados) aboliendo la explotación —que se basa en la propiedad privada y en el capital. En estas condiciones, el progreso será el resultado deliberado y conciente de la humanidad toda. La teoría de "humanizar" el capital es, en realidad, un opio para adormecer la conciencia de los explotados. ¿Han pensado en esto los "peronistas revolucionarios"?

Pero el capital existe bajo diversas formas, entre las cuales está el capital imperialista. La "humanización" del capital imperialista elimina todo vestigio de antiimperialismo a la doctrina justicialista.

La emancipación de la opresión oligárquica e imperialista es también una revolución social, aunque no sea una revolución socialista. Lo es porque significa un cambio

radical en las relaciones de propiedad y la eliminación de las clases sociales retrógradas. Por eso se dice que la lucha consecuente por la emancipación nacional debe hacerse con los métodos de la revolución social. Pero la "doctrina social justicialista" es hostil a la revolución social. De lo que se concluye que, por sus propios planteamientos, el peronismo se descubre como de un antiimperialismo inconsecuente y hasta inexistente.

Comunidad organizada

El otro aspecto de la "doctrina social" —la "comunidad organizada"— tiene también su origen en la iglesia. Este planteo procura sustituir al parlamento y a la democracia liberal como el terreno de acomodamiento de los intereses antagónicos entre las clases sociales, por un régimen corporativo, que consiste en que cada clase social está organizada y disciplinada por el Estado.

Ni qué decir que este planteo no afecta esencialmente a la burguesía, ya que el Estado sigue funcionando en defensa del régimen de explotación económica existente y asegurando la expansión creciente del capital. La batería está apuntada contra la clase obrera, para privarla de una organización independiente. El peronismo creyó que había realizado este proyecto hacia 1950, cuando la CGT se convirtió en un organismo para-estatal.

El planteo de "la comunidad organizada" es una expresión de la incapacidad de la burguesía para hacer funcionar el régimen "más abierto" del parlamentarismo y de la Constitución liberal. Cuando el FREJULI sube al gobierno en 1973 lo hace sobre la base de un compromiso inestable: con los partidos de la Hora del Pueblo se establece un acuerdo basado en la Constitución de 1853, pero la realidad del peronismo y el FREJULI es que no podrían

gobernar sin regimentar y controlar al movimiento obrero, y sin enchalecar la lucha de clases en un "pacto social". Por eso, la pata principal del régimen político de 1973 no va a estar en el parlamento, sino en los aparatos sindicales y del "entorno", que tienen por función imponer la "paz social". Así, el parlamento se transformará en cámara de registro de imposiciones exteriores: la expulsión de los gobernadores de Buenos Aires y Córdoba se hará por imposición de bandas burocráticas y fascistas, que luego son refrendadas por el parlamento.

No se puede entender el programa del FREJULI, su rotundo fracaso y la inviabilidad de su actualización, si no se parte de la completa impasse del peronismo ante la crisis capitalista general y ante el nuevo desarrollo de la clase obrera.

CAPITULO IV

El programa del FREJULI

Las llamadas "pautas programáticas" del FREJULI parten de una determinada caracterización de la economía y la política mundiales. Esto es, indudablemente, un acierto, porque en la época de la internacionalización de las fuerzas productivas no se puede concebir el destino de un país al margen de la evolución mundial. Pero este acierto desmiente por si sólo la tesis fundamental del nacionalismo burgués, que afirma la posibilidad de un desarrollo de las naciones atrasadas independiente del capitalismo imperialista mundial. Si la economía y la política mundiales constituyen una categoría dominante, no es el nacionalismo sino el internacionalismo la única estrategia viable. La emancipación nacional debe ser dirigida por la clase obrera y formar parte de la emancipación social a nivel mundial.

La caracterización del FREJULI afirmaba que la política internacional había sufrido una mudanza profunda, pues había pasado de un sistema "bi-polar" (EEUU vs. URSS) a un sistema de "multipolaridad". La nueva reali-

dad mundial consistiría en la presencia de numerosos centros de poder internacional, lo que equivalía a afirmar el fin de la supremacía del imperialismo norteamericano. La conclusión que sacaba el FREJULI era que "ello trae como consecuencia el acrecentamiento de la capacidad autónoma de los demás Estados..."

Si bien se mira, el FREJULI tiene que elaborar un mito para justificar la posibilidad de un desarrollo autónomo de las naciones burguesas atrasadas sin romper con el imperialismo. La existencia de diversos imperialismos y la lucha inevitable entre ellos puede dar lugar a diversas posibilidades tácticas a las naciones sometidas, pero nunca a una perspectiva estratégica. Aceptar esto equivaldría a negar la presencia dominante del imperialismo como un todo, con el argumento de que las naciones imperialistas son más de una. La lucha interna dentro del imperialismo es por el reparto del mercado mundial entre los monopolios y, principalmente, de las naciones atrasadas. Esa lucha reproduce en forma constante el sistema de explotación imperialista de colonias y semi-colonias, no lo suprime. No es suficiente abolir la supremacía norteamericana para que se abra una posibilidad de desarrollo autónomo de los países oprimidos, hay que abolir al imperialismo como tal.

El FREJULI estaba tan lejos de un planteo antiimperialista de conjunto (el único consecuente) que Perón llegó a decir que "desde el punto de vista internacional estamos en un tercer mundo cuya cabeza es eminentemente la Europa contemporánea ya integrada". Es decir que se pensaba en un apoyo europeo para resistir al imperialismo yanqui. De nuevo el mismo mito: se le adjudica un carácter perverso a una de las fracciones imperialistas y se concibe el desarrollo autónomo junto a otra de esas fracciones.

La importancia de todo esto es que el FREJULI va a

fundar la viabilidad de su política en una perspectiva mundial inviable. Es del propio programa del FREJULI que se deduce la inestabilidad del fracaso del gobierno peronista.

El veloz fracaso de los pronósticos

No bien subió el FREJULI toda su caracterización internacional se vino abajo. La crisis económica concluyó el ciclo de expansión en Europa y puso de relieve, no su integración, sino su división. La propia crisis demostró el status dominante del dólar y la profunda dependencia de las diversas naciones imperialistas respectò a Estados Unidos.

Mientras el FREJULI proclamaba el fin de la supremacía yanqui y el crecimiento de la capacidad "autónoma", el imperialismo yanqui daba los golpes de Estado en Chile y Uruguay (en 1971 lo había consumado en Bolivia). Sin nungún rubor los defensores del programa del FREJULI se olvidaron de la "capacidad autónoma" para plantear exactamente lo contrario: Argentina estaba cercada, es decir, su autonomía internacional era próxima a cero. En marzo de 1976, íbamos a comprobar en carne propia el fin del predominio yanqui, cómo los europeos no son imperialistas y cómo los ingleses, parte de Europa, no son colonialistas.

Integración latinoamericana

Otro aspecto relevante de las "pautas" es que afirma la posibilidad de unir a América Latina en el cuadro de la

sociedad capitalista y sin expulsar al imperialismo. Esto significa que las burguesías latinoamericanas habrían superado sus rivalidades y su condición de instrumentos de la política de división del imperialismo. Sin embargo, ni el gobierno peronista ni ningún otro gobierno burgués movió un dedo contra los golpes en Uruguay y Chile, que significaban la frustración de la más elemental integración por muchos años. Lejos de eso, meses antes del golpe, Perón había declarado que "desearía solo que Allende no se deje encerrar en el dogmatismo comunista", que era la falsa imputación que le hacía el imperialismo yanqui. Esto demuestra que, en defensa de los intereses capitalistas que estaban siendo puestos en peligro por el proceso chileno, el peronismo hizo frente de hecho con Estados Unidos contra la "integración latinoamericana".

Respecto a Cuba, las "pautas" propugnaban su reinserción en el sistema interamericano, es decir, la recolonización de Cuba.

La perspectiva de la unidad continental es incompatible con el capitalismo. Sólo será posible como parte de la lucha emancipadora dirigida por la clase obrera.

Las "pautas" económicas

El FREJULI no planteaba ninguna modificación en las relaciones de propiedad imperantes en el país. Sostenía, aquí también, que se había iniciado una nueva era económica internacional de aumento ininterrumpido de la demanda de alimentos, que aseguraba el progreso económico de Argentina y, aún más, que le permitiría convertirse en "potencia". La burguesía argentina desarrollaba en grandilocuencia lo que le faltaba en capacidad de transformación revolucionaria. Aún los izquierdistas

del peronismo compartían la idea de que la "explosión alimentaria" había acabado con el estrangulamiento del balance de pagos. En este planteo está señalado, si se lo invierte, otra razón del fracaso del peronismo, que fue barrido con el debut de la crisis mundial.

El FREJULI, siguiendo a la Hora del Pueblo, proclamó la intención de revertir las desnacionalizaciones ocurridas bajo Onganía. Propuso, entonces, la "argentinización", concepto que significaba indemnizar al capital extranjero y devolver la propiedad a los capitalistas argentinos que habían quebrado. Las finanzas nacionales se pusieron al servicio del rescate de una clase social incapaz de marchar por si sola.

El FREJULI propugnó una "nueva asociación con el capital extranjero", lo que en la práctica lo convirtió en avalista de las operaciones de los capitalistas argentinos con el capital foráneo, endeudando, en última instancia, al Estado. No sólo esto. En 1973, el parlamento votó una ley que sometía "eventuales controversias con personas extranjeras a jueces de otras jurisdicciones". Se abandonaba la soberanía nacional.

El comercio exterior sólo fue afectado en su control, no en su monopolio por los truts tradicionales. Se nacionalizaron los depósitos bancarios, pero no se afectó ni el lucro de los bancos ni la apropiación financiera del ahorro nacional. Como quiera que, a diferencia de las nacionalizaciones de 1946, ahora el negocio más rentable era la financiación del comercio exterior, quedó fuera de nacionalización la rama fundamental. Cuando llegó el momento de la crisis la nacionalización de los depósitos mostró su brutal limitación: no sirvió para frenar la fuga de capitales, por el contrario la financió con emisiones constantes que reemplazaban aquella salida de dinero.

El pacto social.

El programa abogaba por un "pacto social" que era presentado como la vía para la redistribución de ingresos. Esta redistribución tuvo lugar durante algunos meses, pero se hundió enseguida, no sólo por la crisis sino por el propio pacto social.

Los "pactos sociales" tienen por finalidad suprimir la lucha de clases y eliminar el carácter reivindicativo de los sindicatos. En 1973, esta tarea de disciplinamiento respondía a la necesidad de detener el gran ascenso obrero. Se siguió con la política de suspensión de las paritarias iniciada por Onganía. La burocracia sindical, al aceptar la privación de este medio de defensa, frenó a la clase obrera para una intervención adecuada en la crisis. El pacto social se mantuvo para los obreros cuando ya no había redistribución a su favor y cuando el desabastecimiento y el contrabando eran brutales. Mostró su profunda naturaleza antiobrera.

No fue la derecha sino la izquierda peronista la que impuso el "pacto social". Una vez cumplido este papel fue echada del gobierno. Sirvió como taparrabos de un gran intento de regimentar al proletariado. Si se deja de lado la retórica y demagogia antiimparialistas, lo que queda en pie del nacionalismo burgués es su esfuerzo, y a veces su audacia, para regimentar a los explotados.

Es a esto que se llama "comunidad organizada", y no a otra cosa. Como lo dicen las "pautas": "Consecuente con la función que se asigna al Estado en una comunidad organizada, a través de los organismos competentes se ejercitará la conciliación obligatoria en los conflictos de intereses o derecho. Un programa de desarrollo acelerado y la política de recuperación que debe con toda energía impulsarse, imponen evitar los conflictos que incidan sobre su normal curso de ejecución".

Está claro: el desarrollo capitalista exige que no haya "obstrucciones". Para eso está el arbitraje, y éste es el centro de la "comunidad organizada". No es la traba del imperialismo sino la de la clase obrera, la que se trata de quebrar. Pues si se tratara de la primera correspondería exactamente lo contrario: la libertad de organización y de iniciativa para que las masas puedan luchar contra el imperialismo. En 1973 se dictará una ley sindical tan regimentadora que provocará la primera crisis con la izquierda peronista.

Como quiera que no existe "disciplinamiento social" sin oscurantismo cultural y educacional, las "pautas" planteaban el apoyo a la educación privada que, en un 75 por ciento, controla la iglesia. En 1974, los hombres de ésta controlarán las universidades estatales.

Régimen político.

Una de las mayores contradicciones en la concepción política que da lugar al FREJULI, es que se lo concibe como un instrumento capaz de fortalecer al régimen constitucional, pero con planteos que hacen, no a un sistema parlamentario, sino a uno corporativo (como lo es toda la estructuración de la "comunidad organizada"). Además, se pretende dar vida al parlamento sin conquistar una plena autonomía para la burguesía nacional y sin erradicar el militarismo.

El FREJULI es incapaz de definir y de estructurar las bases del Estado democrático, lo que significa que no tiene una concepción del poder. La oscilación entre el corporativismo y el parlamentarismo y entre la Constitución y el autogolpe (todo esto acicateado por la crisis económica, por la falta de perspectivas del gobierno y por la agudización de la lucha de clases), pondrá de relieve la completa improvisación que fue el FREJULI.

CAPITULO V

¿Actualizar el programa del FREJULI?

"Volver a las pautas programáticas del FREJULI aprobadas por el pueblo en 1973 y que éstas sean la base para iniciar la discusión" (de un nuevo frente), acaba de proponer Saadi por la Intransigencia Peronista.

El problema es: ¿un nuevo FREJULI dejaría de tener el contenido burgués del viejo?¿tendría hoy una mayor perspectiva que el anterior, que se hundió en el fracaso y en la postración ante la reacción, el golpismo y el imperialismo?

La viga maestra del viejo programa del FREJULI era el Pacto Social, mecanismo por el cual los trabajadores, en pleno ascenso de sus luchas, suspendían el combate contra los capitalistas a cambio de una promesa que hoy vuelve a escucharse: repartirse entre ambos el 50 por ciento del Producto Bruto. Luego de una corta primavera en materia salarial, la carestía y el desabastecimiento dejaron en claro la naturaleza antiobrera del acuerdo de 1973: los trabajadores aceptaban la esterilización de los sindicatos en el mismo momento en que el capital —vía mercado negro— descargaba sin tapujos la crisis económica sobre los explotados.

Hoy, las voces de las distintas corrientes del peronismo son prácticamente unánimes en el reclamo de un nuevo Pacto Social. Pero importa el matiz: todos aluden al Pacto como una salida insoslayable y desesperada frente a la crisis. Las razones para insistir en esta vía están en boca de la inmensa mayoría de dirigentes peronistas. "El peronismo debe convocar a un nuevo pacto social que le ponga límites a los reclamos sectoriales" ha dicho Cafiero. Taccone ha sido aún más explícito: (urge) "un plan de concertación entre el sindicalismo, el empresariado nacional y el Estado... La clase obrera debe acompañar este plan. Por tal motivo estoy en contra de los dirigentes sindicales que pelean todos los meses aumentos nominales y no reales" ("Prensa Económica", 2/83). Se propone un Pacto Social capaz de suprimir la lucha de clases y neutralizar los sindicatos.

A los capitalistas el Pacto Social no los neutraliza nada, toda vez que poseen los recursos económicos y los lazos políticos e internacionales para hacer prevalecer sus intereses de clase. Es una tontería pretender neutralizar a las clases, ya que significaría la posibilidad de crear el vacío. El "disciplinamiento" de la clase obrera (es decir, su sometimiento al capital) debe dar lugar, más tarde o más temprano, a la ofensiva sin límites de los explotadores.

Ese sometimiento al capital es lo que ofrece la patronal peronista. Benalcazar, subsecretario de Mondelli y vocero económico oficial del peronismo, acaba de señalar: "debo mencionar el principio de la disciplina social como garantía para la realización del plan. A diferencia de los otros partidos políticos argentinos, el Justicialismo puede aportar la disciplina social de sus bases que son los trabajadores"("La Voz", 7/3). Más claro, agua.

La cúpula peronista se ofrece al imperialismo yanqui.

Un aluvión de economistas justicialistas ha comenzado a pasearse por las capitales de las potencias imperialistas, con una finalidad muy precisa: dar garantías al capital extranjero de que el peronismo va a pagar la deuda externa. "Hay claro entendimiento de que el país va a poder cumplir sus compromisos" sostiene Lavagna ("Movimiento", 3/83). Se "olvida" que estamos en presencia de una deuda externa fraudulenta en un 80 por ciento, según cálculos de funcionarios de las propias Naciones Unidas, es decir ante un atentado flagrante a la soberanía nacional. ¿Investigación, moratoria? Todo eso está a "estudio", repiten los técnicos. Lo que está en firme es la decisión de pagar.

Esto significa que se trata de insertar al peronismo en la estrategia del imperialismo mundial. Esto explica no sólo las salvaguardas respecto a la deuda externa sino el recule frente a las Malvinas. Lo que ayer fue saludado como un acto antiimperialista —postrándose ante la dictadura— es hoy denostado, reclamándose la investigación y castigo de los responsables y "borrón y cuenta nueva" sobre la guerra.

Los dirigentes peronistas ofrecen su capacidad para contener los reclamos de las masas en el próximo período: "El único que puede lograr la concreción de un plan es el peronismo, que puede poner sobre la mesa la responsabilidad de la clase trabajadora para cumplir con la concertación" afirma Taccone ("Prensa Económica", 2/83). Es decir, el peronismo es el único que puede garantizar, desde el poder, el cumplimiento de un nuevo "pacto social". Es, en todo caso, una apuesta controvertida por la historia reciente: el "pacto social" inaugurado en 1973 se hundió no sólo por la crisis económica general sino por la propia movilización de los trabajadores, que desembo-

có en las gigantescas huelgas de junio-julio de 1975. Pero aquí interesa desarrollar otro aspecto: la puesta en pie de un "pacto Social" plantea el problema del régimen político capaz de sostener tal acuerdo.

¿Régimen constitucional o "comunidad organizada"?

En 1973, el FREJULI sube al gobierno sobre la base de un compromiso a dos puntas: con los partidos de La Hora de los Pueblos se arma un acuerdo basado en la Constitución de 1853; con los aparatos sindicales y la camarilla lopezreguista, un pacto dirigido a regimentar y controlar a fondo al movimiento obrero pasando por encima del parlamento y la democracia liberal. Este compromiso inestable no afectaba a la burguesía desde el momento que todos los instrumentos caminaban en una misma dirección: asegurar el régimen de explotación existente y asegurar la expansión creciente del capital. Pero la esencia del régimen político dirigido por Perón e Isabel no reposaba en el parlamento sino en la burocracia sindical y en las bandas armadas de la "triple A", que tenían por función imponer la "paz social" a cualquier costo. El Parlamento tendió a jugar una función decorativa: las bandas de Navarro expulsan al gobernador constitucional de Córdoba y luego diputados y senadores avalan "jurídicamente" el atropello.

El FREJULI se revela incapaz de fundar un Estado democrático, desde el momento que no se propone acabar con la oligarquía y el imperialismo, que detentan los resortes del poder económico y financiero, ni erradicar al militarismo. Esta misma contradicción en el programa original del FREJULI es la que hoy vuelve a plantearse con toda su fuerza. Detrás de los reclamos de un urgente "pacto social" está el debate sobre el régimen de autori-

dad capaz de imponerlo a las masas, así como las fuertes tendencias en el peronismo a un frente militar-burocrático, (al que parecen converger Lorenzo Miguel y un sector de los altos mandos).

Juventud peronista: La historia vuelve a repetirse.

En su reciente congreso, la Juventud Peronista ha proclamado: "nos movilizamos porque existe una necesidad imperiosa de acabar con el enemigo del pueblo argentino, ya que si no lo hacemos la oligarquía vendepatria y los militares cipayos que le sirven, acabarán con el país". Para esto proponen una política de unidad dentro del peronismo contra "el colaboracionismo de la dupla Robledo-Triaca y la política divisionista y reaccionaria del miguelismo", y fuera de él "para dar nacimiento a una multisectorial claramente antidictatorial, antioligárquica y antiimperialista".

Formalmente, tenemos un punto de acuerdo con la Juventud Peronista: queremos un frente de combate antiimperialista y antioligárquico. Pero el frente que propone la JP es, en realidad, la negación de un frente antiimperialista. La JP dice "aislemos al enemigo principal", lo que en principio es correcto, a condición de definir quién es el enemigo. Para la JP "los Robledo-Triaca-Miguel". El sambenito de la JP deja a salvo a los Cafiero y Bittel.

La JP plantea la progresividad de un sector de la patronal, que se reclama peronista, es decir que avala sus planteos programáticos. Pero Cafiero y compañía se han cansado de decir que no piensan tocarle siquiera un pelo al imperialismo o a la oligarquía.

De este modo "la historia vuelve a repetirse". El frente de ayer con Gelbard contra el "entorno" de Perón, es hoy

el frente con varias de las alas patronales dentro del peronismo. Esto condena a la JP a convertirse en correa de transmisión de una dirección patronal y no revolucionaria, los Cafiero-Bittel.

La JP plantea una plataforma antiimperialista pero su estrategia no está ajustada a esta plataforma, sino al revés. Como consecuencia de poner su táctica de unidad con la patronal peronista por encima de su plataforma, la JP privilegia las maniobras dentro del peronismo respecto a su inserción en la tendencia real de las masas. Esto la llevó en Monte Chingolo a chocar con la huelga, para no chocar con Rodríguez, hombre del MUSO de Cafiero.

La táctica frentista es correcta, lo que no es correcto es el contenido de clase y el método para el frente que propone la JP. Tiene que tener un carácter antiimperialista, y no de compromiso con el imperialismo. Por eso no puede hacerse sobre la base del programa y de la dirección de los Cafiero y de los Bittel. Debe también dar una expresión adecuada a la tendencia de las masas, esto se expresa en los métodos de lucha y en las consignas que se plantean en una situación determinada. Para la JP, en cambio, el peronismo es la forma definitiva del frente nacional, y sus pujas internas están por encima de la lucha de clases.

El frente que propone la JP se agota también, en una mera finalidad electoral. La tarea central votada en el reciente congreso es la afiliación masiva al Justicialismo para "de esta manera desplazar a los que traicionaron al pueblo colaborando con el enemigo principal". Pero de lo que se trata no es solo de definir correctamente a los "enemigos" del pueblo.

Tan importante como esto es la política de la clase obrera ante los "amigos" vacilantes, capituladores, con un pie en el frente antiimperialista y otro en la manipulación de las masas. El enemigo no es sólo el imperialismo, sino el amplio frente del gran capital criollo sometido a

él. Pero lo principal es la independencia del proletariado frente a los amigos y la lucha de la clase obrera para conquistar la dirección política de la nación oprimida. Para que haya frente tiene que haber diferenciación; el peronismo no es un frente, no es un acuerdo político entre sectores autónomos, porque en él, el proletariado no está presente con fisonomía propia sino sometido a la patronal.

No se trata de "actualizar el programa del FREJULI" sino de denunciarlo como un programa de defensa del Estado capitalista, se trata de clarificar las ideas y los métodos de lucha para poner en pie un frente antiimperialista. El pacto social, el frente burgués y la "comunidad organizada" tienen hoy un carácter aun más reaccionario que en el pasado. Una "actualización" es hoy posible solamente hacia la derecha, con independencia de la intención de los autores de esta tesis.

CAPITULO VI

El programa del "peronismo actualizado"

El peronismo envió, a comienzos de este año, varias delegaciones a EE.UU. y a las principales capitales europeas. El "gran movimiento nacional" (como también lo hiciera el "demócrata" Alfonsín) se presentó ante los gobiernos imperialistas y la banca internacional que secundaron a la Thatcher en la agresión a Las Malvinas, para indicarles que el programa de gobierno del peronismo propone pagar a los acreedores extranjeros, puntualmente, la descomunal deuda externa. "Esto (la deuda externa) —declaró Benalcazar, un economista de la delegación peronista— me tocó hablarlo con algunos banqueros a quienes les dije que ningún banquero del mundo quiere que se le devuelva la plata que ha prestado, sino que lo que pretende es que se le paguen los intereses en forma regular y puntual, si es posible. Dijimos que en este caso, creíamos que la Argentina estaba en condiciones de enfrentar el tema del pago de los intereses..." ("Movimiento", marzo 1983). Lavagna, otro economista, declaró que "hay claro entendimiento (en EE.UU.) de que el país va a poder cumplir sus compromisos, a lo largo de un período muy extenso y no estoy hablando de 5 ó 10 años

sino plazos aún mayores, a partir de la recuperación de su actividad económica" (ídem).

Ni por asomo los políticos y economistas peronistas plantean investigar la deuda externa y pagar la que corresponda de acuerdo a las posibilidades del país y de los trabajadores, una de las medidas elementales para golpear al capital especulativo y posibilitar una reactivación en beneficio de la mayoría nacional. Por el contrario, el peronismo plantea que la recuperación económica esté subordinada, o más bien comandada, por el fiel cumplimiento con el capital financiero.

Está expuesto aquí un aspecto del programa del peronismo que ilustra hacia adónde apuntan los reclamos de "actualizar" su programa: cerrar las brechas con el capital imperialista, colocarse como garantía de los acreedores extranjeros.

"Institucionalización": programa del imperialismo.

"La primera conclusión que uno extrae —dijo Benalcazar— es la enorme expectativa que despierta el futuro cambio institucional en el país. Hay una cierta ansiedad en Europa ante la posibilidad de que en la Argentina se restablezca un gobierno democrático y que las instituciones sean manejadas por quienes deben hacerlo y no por aquellos que las usurparon". Por su parte Lavagna, dijo que "no existen dudas allí (en EE.UU) que el proceso se va a dar y que es la única alternativa que existe hoy aquí... Cuanto más rápidamente venga un gobierno con sustento popular, más fácil será llevar adelante una serie de conversaciones que, indudablemente, se van a tener que producir" (ídem).

Surge de esto, con meridiana claridad, que la institucionalización es un programa que cuenta con el apoyo del

imperialismo. Es que su finalidad es posibilitar un relevo en el Estado a favor de los partidos burgueses ante la total bancarrota del régimen militar. Es una "alternativa" para la salvaguardia del Estado burgués como defensor del régimen capitalista, en un período político claramente convulsivo. El peronismo no solo reconoce esto, que el imperialismo lo impulsa, sino que va mucho más lejos: se propone, expresamente, recomponer las relaciones con el imperialismo, en crisis por la guerra de Las Malvinas. ¿"Soberanía"? ¿"Liberación nacional"? Benalcazar llega incluso a sostener que la posición del peronsimo sobre Las Malvinas (que en abril del año pasado se postró ante la dictadura militar) es ahora similar a la de la Comunidad Económica Europea (esto es a la de los agresores), de reconocer como "justa" la reivindicación argentina pero "critican duramente la acción llevada a cabo por el gobierno militar" ("La Voz", 7/3/83). Esto fue dicho a los que nos bloquearon económica y militarmente en apoyo a la flota pirata.

Bancarrota económica

El peronismo se propone satisfacer los requerimientos básicos de la burguesía: por un lado, la salida a la profunda crisis económica, por el otro, a la crisis política. Lo primero significa socorrer en amplia escala a la burguesía industrial. Lo segundo, recomponer la autoridad del Estado, como columna vertebral del proceso de la acumulación capitalista, y de la explotación de la clase obrera.

La punta del ovillo de cómo pretende abordar la crisis económica la dió Cafiero cuando, a comienzos de marzo, se pronunció en favor de aplicar retenciones a la exportación ("La Nación", 10/3), lo que supone una devaluación masiva del peso. Ya para fines de marzo, el MID reclamó

una devaluación drástica (del 100 por ciento) y lo mismo planteó Aldo Ferrer, ahora asesor del Partido Intransigente, en la reunión "de los 77". La devaluación aparece como la viga maestra para un amplio espectro de la Multipartidaria.

Y aparece como un eje del programa de gobierno porque apunta a varios lados.

1) Tiene el propósito —al abaratar los activos del país— de atraer nuevos capitales externos, lo que muestra, nuevamente, que el "movimiento nacional" busca una reactivación económica de la mano del capital imperialista.

2) Estatiza casi por completo las deudas privadas. Como éstas están consolidadas en pesos (por los seguros de cambio a $ 6.000 por dólar adeudado), la devaluación convertiría al Estado en el pagador efectivo del 95 por ciento del endeudamiento privado. Como a su vez, el 80 por ciento son "deudas" de las multinacionales (y ficticias porque son "operaciones" entre sucursal y matriz) el principal beneficiario es el gran capital extranjero.

La consecuencia de esto es una mayor carestía, pues no otra cosa resulta de la devaluación.

Está estructurado así un plan de salvataje del gran capital industrial y de búsqueda de una nueva asociación con el capital extranjero, sobre las espaldas de las masas.

Reforma bancaria

Es al servicio de este plan que se plantea la nacionalización de los depósitos de modo de colocar la estructura bancaria para financiar en amplia escala a la burguesía industrial y buscar operar por esta vía una reactivación

económica. La nacionalización de los depósitos es el resultado inevitable de la monumental crisis financiera (el Banco Central es el acreedor de todo el sistema financiero-bancario actual) y no tiene ningún carácter progresivo: su propósito es operar el rescate de los grandes grupos empresarios bancarios e industriales mediante la desvalorización de las deudas privadas y créditos "preferenciales".

En este sentido la carestía es un objetivo deseado del plan Cafiero, pues desvaloriza las deudas refinanciadas a baja tasa de interés (como lo quería Cavallo).

El negocio bancario estará cencentrado, en cambio, en la financiación de las exportaciones, cuyo manejo estará, como en 1973-76, en manos de la banca extranjera. Tampoco serán afectados los grandes grupos monopólicos de exportaciones, como también sucedió en 1973-76, porque —como sostuviera Cafiero— no se los nacionalizará sino que se ejercerá un control a través de las Juntas de Carnes y Granos ("Clarín", 15/3/83).

De esta manera, la emisión monetaria y el Presupuesto del Estado se convertirán en la gran cuenta de inyección crediticia y de subsidios que va a recaer, casi por completo, sobre los trabajadores y la clase media de la ciudad y del campo.

"No a la reforma agraria"

Cafiero rechazó todo planteo de reforma agraria con el siguiente argumento: "Hemos insistido siempre en que hay necesidad de que la tenencia de la tierra se adecue a patrones sociales, pero en tanto sean compatibles con la mejor productividad" ("La Nación", 10/3/83).

Todo lo que el peronismo dijo y escribió sobre la humanización del capital está pulverizado por el mismísimo Cafiero: la "productividad" se impone a los "patrones sociales"; pretender guiar al capital en función social

es una pura utopía porque su lógica es la explotación del trabajo asalariado.

Se reafirma que la estructura oligárquica parasitaria del campo no será tocada. El peronismo, como en 1945 y en 1973, muestra su carácter conservador y su oposición a encarar la transformación del campo, base para el desarrollo del mercado interior. Es que la eliminación de la oligarquía terrateniente solamente puede efectivizarse por medio de una amplia movilización de las masas y el peronismo, en cambio, se autopresenta como el gran garante de la disciplina de los trabajadores.

Lo máximo que propone Cafiero es aplicar retenciones a las exportaciones de manera que sirva para cubrir el monumental deficit fiscal. Se busca operar una traslación de una parte de los beneficios de la oligarquía para financiar los subsidios a la burguesía industrial. Pero esto choca con el propósito del peronismo de colocar al agro como "factor dinámico" y con el planteo de Cafiero de premiar a "las explotaciones agrarias de mejor productividad", compensando las retenciones con una suerte de financiación a "los insumos tecnológicos que aumenten la productividad" ("La Nación", 10/3/83). Esto ya permite ilustrar el virtual fracaso de las "retenciones" y queda en cambio el firme compromiso de dejar intacta la estructura oligárquica del campo.

El pacto social

La clave de este plan reposa en el pacto social. El objetivo —según el peronismo— es la "atemperación de cada sector en sus apetitos legítimos" (Benalcazar, "Movimiento", 3/83) o como mejor dijera en un reportaje en "La Voz" (7/3) "como la garantía para la realización del plan... el justicialismo puede aportar la disciplina social de sus bases que son los trabajadores". Como el plan "justicialista" se basa en el pago de los intereses de la deuda

externa, en subsidios a la burguesía industrial, en la compensación a la oligarquía por las retenciones, la única "atemperación" recae sobre los trabajadores y las masas en general. El "aporte" del peronismo —según confiesan sus líderes— es la manipulación de los trabajadores al servicio de un plan patronal.

Una pista la dió Taccone, de Luz y Fuerza y dirigente de la CGTRA, cuando señaló que al comienzo será imposible convocar a las paritarias y deberá continuarse con los aumentos por decreto (es lo que plantea el MID). Fue lo que hizo el peronismo en 1973 "congelando" las paritarias por dos años, buscando vanamente colocar al Estado como árbitro entre el movimiento obrero y la patronal. Taccone dice ahora "que la clase obrera debe acompañar este plan" ("Prensa Económica", febrero 1983).

La subordinación de la clase obrera a un plan patronal y la tutela del Estado burgués sobre las organizaciones del proletariado van de la mano con el totalitarismo y el gangsterismo en los sindicatos. Estos dejan de cumplir con la función representativa de los trabajadores para convertirse en un apéndice del Estado. La burocracia sindical se convierte en la policía interna del Estado dentro del movimiento obrero y se barre con todo vestigio de democracia sindical. La experiencia del 73-76 es aleccionadora: la burocracia obtuvo privilegios inigualables (ley de asociaciones profesionales) para sostenerse al frente de los sindicatos y formó sus propias bandas (AAA) contra el movimiento obrero ascendente.

El plan del peronismo supone que mantiene su capacidad para disciplinar a las masas. Pero esto que no lo logró el propio Perón, menos podrán lograrlo sus segundones. La clase obrera ha recorrido una larga experiencia y está buscando el camino de independizarse de la tutela patronal.

CAPITULO VII

La izquierda peronista se "actualiza" (a)

La izquierda peronista alcanzó un gran desarrollo a comienzos de los años 70 con el planteamiento de que el ascenso del peronismo al gobierno consumaría la liberación nacional, o al menos daría pasos decisivos en esa dirección. Este pronóstico concluyó, mucho antes de que se hundiera el gobierno peronista en un rotundo fracaso. La izquierda peronista no sacó el debido balance del emblocamiento del peronismo con la reacción y el gran capital. En aquellos años apoyó políticamente todo el turbulento ciclo que condujo a Isabel a la presidencia y proclamó, por encima de sus divergencias con la derecha peronista, la lealtad a Perón y al movimiento peronista. El foquismo y el terrorismo urbano tuvieron la finalidad expresa de "reencauzar" al peronismo. Mucho antes de que la represión militar diezmara sus filas el conjunto de la izquierda peronista estaba políticamente desintegrada.

En estos 7 años de dictadura militar, a través de crisis y escisiones, diferentes núcleos dirigentes de la izquierda peronista han intentado un balance del gobierno peronista. Con matices diversos, el denominador común de las

conclusiones es que el peronismo contó con una orientación y un programa de gobierno liberadores, así como con una acertada política frentista, pero que fue incapaz de disciplinar los conflictos entre las diversas clases. La izquierda peronista se atribuye una cuota de responsabilidad en esto, que consistiría en haber subvalorado la viabilidad de la democracia burguesa como régimen político capaz de abrir perspectivas independientes al desarrollo capitalista del país.

Ahora que se plantea una nueva experiencia de "institucionalización", llama a integrar esa experiencia pasada, mediante una revaloración de la democracia formal.

Pero este es uno de los aspectos del replanteo. "Intransigencia y Movilización" (Saadi), "Montoneros" y "Peronismo en la Resistencia" (Galimberti) agregan otra conclusión en su balance: la necesidad "incondicional" de la unidad del peronismo. Desplazan la definición del "enemigo fundamental" a los Robledo y Triacca, con lo que quedan emblocados con los Cafiero, Bittel y Miguel —es decir con un amplio sector de la patronal y de la burocracia. A partir de esto, es inequívoco que plantean una línea de estrangulamiento de la independencia de la clase obrera respecto a los explotadores.

Se trata de conclusiones derechistas respecto a la experiencia anterior. La "patria socialista" ha ido a parar al tacho de basura, tal como correspondía, ya que era un planteo demagógico. El socialismo sólo puede ser internacional y el nacionalismo, aún el más radical, no va más allá del régimen capitalista de producción.

La subordinación de la izquierda peronista a la derecha del peronismo es, sin embargo, una confesión de su descreencia en la democracia formal, cuya vigencia ahora descubren. De lo contrario se organizarían con banderas propias para luchar en el terreno de la democracia. En 1975 habían organizado, con ese fin, al partido peronista

auténtico.

De cualquier modo, la proclamada unidad del peronismo no pasa de una maniobra, aunque la izquierda peronista crea a pie juntillas en esa unidad. Es que si fueran consecuentes se disolverían en cuanto fracción; el mantenimiento de una "izquierda" dentro de un movimiento nacionalista burgués es siempre una señal de que existe en los trabajadores una tendencia a desbordar a ese nacionalismo. Pero la función de esa izquierda, en circunstancias como esta, es impedir que los trabajadores se emancipen políticamente.

La revaloración de la democracia burguesa es una característica común a todos los movimientos foquistas o terroristas latinoamericanos, cuyos intentos terminaron en derrotas. Los MIR de Venezuela y Bolivia, Vanguardia Revolucionaria de Perú, el conjunto de la izquierda maoísta y guerrillera en Brasil, ya han transitado el camino que ahora emprende la izquierda peronista. Estos movimientos se han transformado en agentes democráticos de sus burguesías, cuando no del imperialismo.

El peronismo ha sido un crítico corporativo y hasta fascista de la democracia formal, puesto que le contrapuso la "comunidad organizada", es decir, un arbitraje entre las clases mediante la regimentación de sus organizaciones. El peronismo, como fenómeno histórico, fue un indicio muy profundo de la inviabilidad de la democracia formal, por lo que provocó la crisis descomunal de los partidos que se basaban en ella. El descubrimiento de esa democracia por el peronismo, y por su izquierda, es un hecho tardío y, necesariamente, inconsecuente.

La crítica a la democracia burguesa tiene que mostrar que: 1) por su contenido social, es la forma política de la supremacía y dominación de la burguesía sobre el proletariado y la pequeño burguesía; 2) por su forma institucional, es la desnaturalización de la soberanía popular,

pues el sufragio universal tiene un carácter limitado y hasta simbólico, ya que está subordinado a un régimen político que sólo le permite expresarse muy de tiempo en tiempo (cada 4 ó 6 años), siendo el gobierno real la burocracia estatal y militar; 3) por la debilidad de la burguesía nacional, vehiculiza la presión decisiva del imperialismo.

Sólo en un régimen proletario se hará efectiva la soberanía popular, que será el instrumento político de la emancipación nacional y social.

La viabilidad del capitalismo

Esta tesis, a saber, las amplias perspectivas que tendría el capitalismo, es el aspecto que la izquierda peronista ha tratado de justificar en mayor medida, en sus textos en el exilio. Sólo sería necesario, para impulsar este curso, superar los resabios "precapitalistas" aún presentes en la Argentina: los rentistas financieros y la oligarquía terrateniente.

Ni qué decir que esta tesis no se sustenta en ningún análisis de la economía mundial; uno se ve obligado a suponer que para la izquierda peronista se estaría en plena fase ascendente del capitalismo mundial. Como quiera que la perspectiva del capitalismo en un país depende de la del capital mundial en su conjunto, esta omisión teórica es reveladora de la estrechez de miras de la izquierda peronista y de la falta de bases de su planteo. En definitiva, la viabilidad del peronismo y de la democracia burguesa dependen de la viabilidad de un capitalismo floreciente. Lo que no es el caso.

La curva económica mundial para todo un próximo período es netamente descendente, bien que habrá zigs-zags hacia arriba y hacia abajo. La razón de todo esto es que la crisis aún no ha tocado fondo, lo que sólo

ocurrirá con la quiebra en masa de los capitales, que han "excedido" enormemente la capacidad de consumo presente.

Ni qué decir que esta perspectiva económica, lejos de favorecer la atenuación de los conflictos entre las clases deberá conducir a crisis sociales enormes y al hundimiento de los regímenes políticos más sólidos.

Oligarquía y burguesía

Para la izquierda peronista en todas sus variantes, habría que emancipar a la burguesía industrial del freno de la oligarquía agraria y de la rentista en general. En su versión más radicalizada se propugna la expropiación de los terratenientes "improductivos" y el impuesto a la renta potencial de la tierra (esto para el campo), y la nacionalización "transitoria" de la "oligarquía financiera".

En este breve planteo están señalados todos los defectos de orden programático de la izquierda peronista; ésto por un lado. Por el otro lado, se revela el intento de ser los ideólogos auténticos de la burguesía industrial, clase que pasa a ser la protagonista del desarrollo nacional.

En Argentina la propiedad de la tierra y su explotación capitalista están unidas en una sola clase: el terrateniente burgués. Este y la burguesía industrial se encuentran enlazados, a su vez, por inversiones recípocras y participaciones comunes. Cualquier ataque a fondo contra la oligarquía, incluso la "improductiva", deberá sublevar al conjunto del capital. La pretensión de separar la paja del trigo, en este caso, ha sido una utopía que los ideólogos burgueses vienen alimentando desde hace un siglo.

Pero la izquierda peronista no sólo se equivoca en esto. El declarar oligarquía solamente a la fracción que llama

"improductiva", revela que: 1) no sabe lo que es la oligarquía; 2) ha dejado de ser antioligárquica, ya que sólo ataca a la "improductiva"; 3) sostiene que se puede superar el parasitismo del conjunto de la oligarquía, por vía impositiva.

La oligarquía agraria es el conjunto de los grandes terratenientes, con independencia de su grado de desarrollo capitalista. Es una clase parasitaria en la medida que obtiene una renta por el solo hecho de ser propietaria del suelo—renta que en la Argentina se confunde con el propio beneficio industrial, transformándolo en superbeneficio. Por su importancia social, esta clase ha podido forzar al Estado a tomar medidas económicas que aseguran este superbeneficio. Por eso es, en una gran medida, una clase que, en conjunto, bloquea el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas del país, aunque sea, al mismo tiempo, una clase capitalista. Es por la importancia de este superbeneficio que **toda** la oligarquía está en contra del impuesto a la tierra, aunque para la izquierda peronista ese gravamen, sólo perjudicará a los terratenientes menos desarrollados ("improductivos").

Ningún impuesto a la tierra, o a su "productividad", puede confiscar la renta agraria a la oligarquía, por la razón de que esa renta no tiene que ver con el rendimiento natural de la tierra, sino de un modo muy parcial. Como la renta depende del beneficio general del capital (y en esto influyen los precios, los salarios, la tecnología, etc), el impuesto a la tierra es un impuesto directo como cualquier otro (con importancia variable sobre la renta y el superbeneficio). Ni qué decir que el impuesto no altera el régimen de propiedad de la tierra, que es de donde surge el derecho a la renta del suelo.

La oligarquía argentina se ha encontrado ante el problema de que la enorme revolución en la tecnología agraria en los países desarrollados, ha provocado mundialmen-

te una tendencia a la desaparición de la renta, y, por lo tanto, del superbeneficio que consiste en la reunión del beneficio y la renta de una sola mano. Como la tecnificación del agro provoca una tendencia a la baja de la tasa (aunque no del monto) del beneficio agrario, el margen de donde sale la renta también tiende a desaparecer.

La reacción de la oligarquía, ante esto, ha sido exigir al Estado un resarcimiento, mediante constantes devaluaciones. Esto prueba el peso económico, social y político del conjunto de la oligarquía. Por otro lado, ha buscado incrementar su propio desarrollo capitalista para compensar con un mayor volumen de beneficios la reducción de la tasa de ganancia sobre el capital invertido.

En tanto la izquierda peronista plantea financiar el desarrollo industrial mediante la transferencia de ingresos desde el agro, la oligarquía levanta la bandera de su propio desarrollo capitalista. Para lo que exige, nuevamente, devaluaciones y subsidios, es decir, más cargas sobre el trabajo nacional.

Para completar el proceso de eliminación de la renta agraria, y para quebrar la dominación social y política de la oligarquía, lo que se impone es la nacionalización de la tierra.

Inversamente, las soluciones impositivas expropian al pequeño propietario, al que ya se descalifica como "minifundista". Pero en este caso hay que alentar la cooperación entre pequeños propietarios. Para estos la nacionalización de la tierra es simbólica, ya que no perciben renta agraria alguna.

CAPITULO VIII

La izquierda peronista se "actualiza" (b)

En el capítulo anterior, señalamos el planteo de la izquierda peronista de "actualizar" el programa del FREJULI es una adaptación de tipo derechista a los planes de "institucionalización" de la burguesía y el imperialismo. Es que, como balance de la década pasada, y en general del peronismo, esta izquierda peronista sostiene que existe un amplio horizonte de desarrollo capitalista en el país y que su propio error en el pasado consistió en subvalorar esta pespectiva. En lugar de la conclusión, basada en la experiencia histórica, de la inviabilidad de la democracia burguesa, ahora que se plantea una nueva "institucionalización", llama a revalorizar la democracia formal, como régimen político capaz de superar el atraso y emancipar a la nación. Esto la lleva a desdecirse de muchos de sus planteos anteriores y, por sobre todo, a formular una estrategia burguesa, opuesta a que el proletariado emerja como caudillo de las masas explotadas.

Ni antioligárquica, ni antiimperialista.

Para esta izquierda peronista, el capitalismo argentino no se estaría desarrollando, esto debido al ahogo que sufre de dos sectores "retardatarios", la oligarquía "improductiva" y los rentistas financieros (ver Movimiento Peronista y Programa de Liberación, Cuadernos del peronismo en la resistencia). Son estos, y no el capital financiero internacional, las "multinacionales", la banca, el gran capital nativo, o el conjunto de la oligarquía, los "retardatarios". El problema sería, pues, transferir los recursos de los "retardatarios" a los "dinámicos", para que el capitalismo pudiera tener un amplio horizonte.

Detrás de este planteo de atacar a la "elite terrateniente-financiera-rentista sinónimo de estancamiento" existe una revisión de los propios planteamientos anteriores de la izquierda peronista. Porque ésta ahora restringe el concepto de oligarquía a una fracción arbitrariamente definida (la "improductiva"), coloca al grueso de los terratenientes como un sector dinámico, los abstrae del conjunto del capital con el cual están entrelazados y, finalmente, exime al imperialismo de ser un bloqueo al desarrollo armónico e independiente de las nacionas atrasadas.

Vimos en el capítulo anterior, que el campo argentino está dominado por terratenientes capitalistas, con distinto grado de desarrollo, que se apropian de un superbeneficio, pues se apropian tanto del beneficio capitalista como de la renta terrateniente. La defensa de este superbeneficio es el "leit motiv" del conjunto de la oligarquía, la que la tipifica como una clase parasitaria. El desarrollo creciente de los terratenientes como terratenientes-capitalistas no los ha transformado en "dinámicos" sino que, al contrario, muestra que el capital agrario e industrial se desarrolló en íntima dependencia de la oligarquía,

obstruyendo un amplio desarrollo del mercado interno.

Los rentistas financieros serían el otro sector retardatario —o sea los que "viven" del interés por sus depósitos en dinero. Pero estos rentistas no son un sector dominante, lo es sí la gran banca y el capital financiero, entrelazados con la oligarquía y el capital industrial. Contra lo que sostiene la izquierda peronista, Martínez de Hoz no privilegió principalmente al rentista (y mucho menos fue su representante político) sino al capital financiero interesado en una mayor monopolización de ramas enteras de la economía. Demás está decir que el capital financiero internacional sostuvo este proceso, no sólo por los beneficios que extraía de sus empréstitos, sino porque era una columna de esos grupos.

La izquierda peronista renuncia a la lucha contra el imperialismo. Dice que "un Estado fuerte" tiene margen de maniobra para discutir con el capital extranjero, cuando aquél, por mayor respaldo popular que tenga, es una creación de la clase social a la que está obligado a servir: el capital. La pretensión de un Estado ni obrero ni burgués, árbitro universal de la lucha de clases, entidad que se eleva de los intereses históricos del capitalismo, es una tontería. Por sus lazos con el imperialismo, el Estado burgués de un país atrasado se encuentra bajo la dependencia del capital extranjero y vehiculiza su presión. Sólo un régimen proletario puede ser antiimperialista.

La viabilidad mundial del capitalismo argentino.

La posibilidad de un desarrollo del capitalismo en un país depende de las tendencias del capitalismo mundial. Y aunque la izquierda peronista no efectúe un análisis de la política y economía mundiales, no puede escapar a un planteo que salga de las fronteras del país. Así, insinúa

que el presente período económico mundial es favorable al capitalismo argentino y, más a largo plazo, que el dominio imperialista sobre la economía mundial no es una traba a la industrialización del país. "Es una afirmación falsa —sostiene Cuadernos de la resistencia— asegurar que la reestructuración mundial de la industria impide toda forma de industrialización en la Argentina: muy por el contrario, un Estado con voluntad industrialista está en condiciones de desarrollar las manufacturas en el país a partir de una adecuada política de apoyo". El ejemplo lo daría "el avance de las manufacturas en el Tercer Mundo".

En verdad, las "manufacturas" del "Tercer Mundo" son inversiones imperialistas con el doble objetivo de monopolizar esas ramas (con el superbeneficio que significa) y utilizar el menor salario de los trabajadores para mejor competir con los otros imperialismos en el plano mundial. Dio lugar, no a una industrialización, sino a una deformación industrial en beneficio del imperialismo. Ni desde el punto de vista tecnológico o financiero se ha desarrollado autónomamente, y mucho menos se puede pretender que hayan erigido Estados nacionales (Corea del Sur, Taiwan, Singapur o Malasia).

Por otro lado y en un sentido más inmediato, la curva económica mundial es descendente y ha golpeado, con descomunal fuerza, a los países atrasados (endeudamiento histórico). La perspectiva no es una atenuación sino un agravamiento, porque la crisis sólo puede resolverse con la eliminación de los capitales en quiebra. La perspectiva es la catástrofe económica y política.

La izquierda peronista vuelve, también, con el slogan de la "Argentina Potencia" que desplegó Perón en 1973 con el argumento que "la explosión alimentaria" colocaba en un lugar privilegiado a la Argentina. La izquierda peronista sostuvo que por tal razón estaba superado el

estrangulamiento del balance comercial y de pagos. La realidad mundial ya al año siguiente pulverizó esta tesis y el gobierno peronista cayó en medio de una cesación de pagos. Es que no solamente el dominio imperialista de la economía mundial llevó a una caída de los precios de las materias primas sino que el capital respondió con el mercado negro, el contrabando y la fuga de capitales a la incapacidad del peronismo por reconstruir el Estado y disciplinar a los trabajadores. Ahora, la izquierda peronista vuelve con esta tesis (está eliminado "para siempre el estrangulamiento de la balanza de pagos que tradicionalmente ha sido un freno a la acumulación económica en Argentina"), lo que empalma con su tesis anterior de que no es necesario transformar la estructura oligárquica del campo y romper la vinculación semicolonial del país. Argentina tendría por el don de la naturaleza su futuro asegurado.

El carácter del Estado.

La falla monumental de todo este planteamiento es que considera que el problema estriba en la "coherencia" económica del "modelo" que se propugna, cuando de lo que se trata es del poder, esto es, qué clase social comanda el Estado. La progresividad de tal o cual medida económica depende de la clase social que la ejecuta. Por ejemplo, una nacionalización parcial bajo el capitalismo tiene el propósito de eliminar un cuello de botella en una industria o rama determinada y, una vez saneada, reintegrarla a la esfera del capital privado. No existen "las medidas económicas" al margen del contenido social del Estado.

Para la izquierda peronista, el Estado capitalista bajo comando peronista, es decir, patronal, realizaría las

"transformaciones" que postula y dice, en el mismo texto, que el desabastecimiento y el mercado negro, que se crearon en 1974, fueron responsabilidad del "inocuo" control de precios. ¡Qué pavada! El sabotaje capitalista se reduce a un tecnicismo.

De modo que si la izquierda peronista pretende un ataque parcial a una fracción mal definida del capital terrateniente (¡quién define lo que es "improductivo"!) en el cuadro del Estado burgués, está condenada al fracaso. Es la clásica incoherencia del reformismo burgués y de la impotencia pequeñoburguesa. En realidad la izquierda peronista no pretende chocar de ningún modo con el capital, pues afirma que el desarrollo de las fuerzas productivas del país debe reposar sobre la burguesía industrial en colaboración con las multinacionales.

Frente nacional y pacto social.

Lo que ningún sector de la izquierda peronista deja de plantear es la necesidad de conformar un frente nacional. Para "Cuadernos en la resistencia" sería "una propuesta amplia y generosa que sume a todos los sectores nacionales". Para la "Agrupación Peronista de Liberación Nacional" la política frentista debería concretarse en una "multisectorial". Para "Intransigencia y Movilización", para "aislar a los enemigos de la Patria y del Peronismo".

El peronismo se ha autopresentado como un frente nacional, y en él la clase obrera estaba sometida a una dirección burguesa. El golpe de 1955 vino a poner de relieve que el peronismo ya no contaba con las bases materiales y políticas para arbitrar entre la burguesía y la clase obrera. Perón no resistió el golpe y, a partir de entonces, ensayó todas las formas de reconciliación con los gorilas (apoyo a Frondizi en 1958, a los "azules" en 1962-63, a Onganía en 1966) para, finalmente, asumir el gobierno en 1973, a través de un amplio acuerdo con la burguesía (FREJULI).

La izquierda peronista plantea un "frente nacional" más amplio que el del propio peronismo, o sea, consumar la tendencia hacia una mayor integración con el capital. A su vez, cree que este frente con los partidos liberales permitirá inyectarle al peronismo una dosis de democracia interna. (Es una forma de vehiculizar la "institucionalización", y refleja la presión burguesa e imperialista del momento presente). Pero en 1973-76 el peronismo subió al gobierno sobre la base de un frente de esa naturaleza (La Hora del Pueblo y el FREJULI) y fue el período en que más ampliamente desarrolló sus características gangsteriles y fascistizantes. El liberalismo burgués, por otro lado, fue una fantochada que suscribía en el Parla-

mento ese avance fascistizante (destitución de Obregón Cano y Bidegain, estado de sitio, etc.) para, finalmente, alinearse detrás del golpe militar. La izquierda peronista insiste en una concepción del frente de carácter burgués, de conciliación con el imperialismo y que importa la regimentación de la clase obrera. En oposición a esto sostenemos el frente antiimperialista, que es el frente de los explotados y tiene un carácter revolucionario.

El broche que cierra toda esta estrategia es el planteo en favor de un adecuado pacto social. Y no podía ser de otro modo porque para la izquierda peronista nada debería entorpecer el proceso de la acumulación capitalista: por eso, también habla de "disciplina social" y que el Estado regule las reivindicaciones "sectoriales" de la clase trabajadora.

De todo este análisis surge claramente que cuando la JP plantea el frente político con Cafiero y Bittel es porque tiene un acuerdo de principios con éstos: no tocar a la oligarquía,no tocar al imperialismo, disciplina social.

CAPITULO IX

El Partido Obrero y el peronismo

El peronismo es un movimiento nacionalista de contenido burgués que ha logrado mantenerse en la dirección política de las masas durante casi 40 años. Se ha atribuido su surgimiento y desarrollo al genio único de un líder. Pero lo que los peronistas opinan de Perón, opinan los egipcios de Nasser, los indonesios de Sukarno, los hindúes de Gandhi. Es decir que los movimientos nacionalistas son un fenómeno común a las naciones atrasadas, en las que se plantea la resolución de las tareas democráticas y la independencia nacional.

En el período de ascenso de la burguesía mundial, movimientos similares tuvieron lugar en Europa con las banderas de la revolución democrático-burguesa. En la época imperialista, esas banderas se vinculan a la independencia o autonomía nacionales. El nacionalismo burgués está interesado en ellas como una forma de acrecentar su participación en la explotación del mercado mundial y de extender las bases de dominación sobre su propia clase obrera.

La burguesía nacional es una clase relativamente débil frente al imperialismo, y al proletariado, que explota. La necesidad de afirmarse como clase dominante, ante esta situación, la obliga a operar bruscos virajes políticos y a oscilar entre el coqueteo con las masas para resistir la presión imperialista y la contrarrevolución para aplastar las tendencias independientes de la clase obrera. La experiencia histórica muestra que cuando el movimiento de las masas intenta superar los tímidos planteamientos de la burguesía nacional, los movimientos nacionalistas burgueses no titubean en abandonar su coqueteo con las masas para convertirse en instrumentos incondicionales del conjunto de los explotadores, en primer lugar el imperialismo.

Las diferencias entre los movimientos nacionalistas burgueses de los distintos países no responden a una doctrina particular sino que son el reflejo de las distintas correlaciones entre las clases que componen la nación y en su distinta ubicación en la economía y políticas mundiales.

Reflejan combinaciones diferentes entre la supervivencia del pasado y la integración forzada al desarrollo capitalista moderno. Esos movimientos adoptan una forma distinta dependiendo del grado de agudización de la lucha de clases en el país, del grado de ligazón de la burguesía nacional con el capital extranjero, del nivel de organización independiente de las masas y del lugar que ocupe el partido revolucionario.

En cualquier fase del desarrollo de los movimientos nacionales, el proletariado debe luchar por su completa independencia del nacionalismo burgués y por disputarle la conducción de la nación. Para eso necesita organizarse en un partido propio. El proletariado debe partir de la convicción de que la opresión imperialista acrecienta, y no atenúa, la lucha de clases en el interior de la nación oprimida. La agudización de la crisis interior de la nación

provocada por el imperialismo, moviliza a las masas y empuja tempranamente a la burguesía nacional al campo de la reacción. O el proletariado se convierte en la dirección de las masas de la ciudad y del campo e impone su propio poder —el gobierno obrero— o la burguesía, en alianza con el imperialismo, imponen un régimen contrarrevolucionario, contra la mayoría nacional.

Si se mira con atención, una de las diferencias del peronismo respecto a movimientos similares en otros países, es su carácter conservador. No tiene en su haber ninguna medida efectivamente antiimperialista, como tampoco de transformación agraria. La oligarquía no fue tocada aunque el peronismo gobernó por más de 12 años. A pesar de haber debutado vociferando contra los yanquis suscribió rápidamente el tratado imperialista militar de Río de Janeiro (1947). En cambio, se esforzó como pocos movimientos nacionalistas lo hicieron, por lograr la identificación de la clase obrera y por aparecer incluso como su representante, al punto que, para algunos, cumple la función que, en los países desarrollados, tienen los partidos obreros.

El peronismo no tuvo ante sí a una clase obrera que recién naciera a la vida política y sindical. El proletariado, en 1943-45, contaba ya con más de 60 años de historia y tenía la experiencia de toda clase de tendencias obreras (PC, PS, anarquistas, sindicalistas, etc.). El peronismo tuvo que disputar a esas tendencias la dirección y representación de los trabajadores, para lo cual no titubeó en propiciar desde el Estado la más amplia organización de los sindicatos y una frondosa legislación social. Las direcciones "obreras" de la época, es cierto, facilitaron la labor de Perón puesto que los anarco-sindicalistas y fracciones del PS se disolvieron en el peronismo, y el PC y el PS se emblocaron con el imperialismo y la oligarquía en la "Unión Democrática".

Otro rasgo conservador del peronismo es que no debutó en la escuela de la oposición sino que nació en las alfombras del oficialismo. Fue un movimiento orquestado desde el Estado, de "arriba hacia abajo", producto de un golpe militar. El peronismo no protagonizó ninguna movilización de importancia hasta después de su derrocamiento en 1955. La excepción podría ser el 17 de octubre de 1945 pero, si se lo analiza bien, se verá que le fue impuesto desde afuera, y que gravitó, no por la fuerza de su acción directa, sino porque ayudó al desenlace de una prolongada crisis y división políticas en las clases dominantes. Recién después del golpe de la "libertadora" comenzará una "resistencia" (nos referimos a las huelgas y ocupaciones de fábricas, no al terrorismo ni al putchismo en la época), que fue principalmente, una movilización semiespontánea de la clase trabajadora, con un peronismo disgregado luego que la mayoría de la dirección sindical peronista había pactado con Lonardi, líder del golpe.

El peronismo no nació en un terreno político virgen para el nacionalismo burgués, sino que lo hizo en las huellas del yrigoyenismo. Este también acaparó la atención política de las masas pero sucumbió tempranamente porque se planteó atacar la superestructura política de la oligarquía sin atacar su dominación real, económica y social. El yrigoyenismo fue desplazado por un golpe militar que abrió la "década infame", el fraude patriótico y la supermiseria de las masas.

El peronismo bebió ideológicamente del nacionalismo de derecha y hasta fascista, oponiendo al liberalismo oligárquico (el liberalismo burgués no tuvo vuelo) el planteamiento de integrar a las masas al régimen político y al propio Estado. Es decir el disciplinamiento de las clases sociales por el Estado burgués. De ahí el enorme empeño de Perón por la regimentación de los sindicatos, que

tuvieron a su frente siempre, en todos los períodos, a una corrompida burocracia sindical.

Su identificación con la clase obrera y su expulsión violenta del poder en 1955, llevó a que se proclamara la idea de que el peronismo era extraño a la burguesía y, por lo tanto, de esencia revolucionaria (por ejemplo, J. W. Cooke). La realidad lo ha desmentido, pero lo que importa señalar es que el peronismo fue un factor de estrangulamiento de la resistencia de las masas. No olvidemos que Perón la canalizó hacia el apoyo a Frondizi, quien a su turno aplicó el Plan Conintes contra el movimiento obrero.

También en 1973 esta izquierda creyó que arañaba el cielo con la victoria del peronismo y en realidad comenzaba un rapidísimo proceso político que iría hacia la exterminación física, ejecutada por el propio peronismo, de un sector de la vanguardia obrera y de esa izquierda peronista.

El peronismo no fue extraño a la burguesía, por el contrario, encarnó sus necesidades. Ese es el contenido de clase del nacionalismo, con independencia de los roces y choques políticos que pueda tener con fracciones diversas de la burguesía. Se retiró sin lucha en 1955 y ensayó todas las formas de apoyo político a los partidos gorilas. Frente a la crisis de la dictadura militar de Onganía-Lanusse y ante las insurrecciones obreras (1969-72) actuó como un relevo para salvar al Estado y desde esta posición atacar a las masas que se movían fuera del libreto peronista. Cuando se mostró impotente para proseguir ese curso, dejó paso al golpe militar.

No ha faltado tampoco el planteamiento de que en los países atrasados el socialismo lo encarnaría el movimiento nacionalista de contenido burgués. El socialismo se opone por el vértice al nacionalismo puesto que su realización sólo es posible a escala mundial y sobre la base de la

acción común del proletariado mundial. El socialismo no es un complemento del nacionalismo; representan contenidos históricos diferentes y objetivos de clase distintos. El "socialismo nacional" es un intento de conciliar el igualitarismo social y los privilegios y fueros nacionales, en lo que se refleja la posición de clase de la pequeña burguesía; por momentos hostil al desenfreno del gran capital plantea reformas en el cuadro del Estado existente.

Como todo movimiento nacional, el peronismo proclama ser la dirección natural de la nación y hasta la nación misma. Para que esto fuese cierto, el peronismo debería encarnar las necesidades de emancipación nacional y de transformación social del país, y ser la expresión de la clase históricamente en ascenso. Pero el peronismo no hizo ni representa eso y, más aún, procura el reconocimiento político de la mayoría de la nación (los trabajadores) a la burguesía.

El peronismo carece de un programa y se ha caracterizado, en verdad, por un fuerte empirismo, adaptándose a los más espectaculares virajes, cuando se lo imponía la turbulenta situación política. Pasó de identificarse como izquierdista y socialista (Cámpora), hasta no titubear en organizar las AAA. Subió, en 1945, en alianza con un sector del clero (e impuso la enseñanza religiosa) y pasó a atacar a la Iglesia y a propugnar una legislación antirreligiosa, en 1954-55. Por este ataque a la Iglesia, se basureó a Perón como a nadie y se suprimió su nombre de los diarios. Ni el más furibundo de los liberales laicos se había atrevido a ir tan lejos contra la Iglesia (cosa que los "izquierdistas" nunca recuerdan).

La reivindicación de ser la nación misma es una pretensión totalitaria, puesto que se adjudica haber superado o suprimido nada menos que los antagonismos entre explotadores y explotados. Como esto es una ilusión y los antagonismos se acrecientan, el peronismo tiene que

subrayar sus peores rasgos totalitarios: las AAA sustituyen a la demagogia, el gangsterismo se refuerza y en general la alianza con las camarillas militares más reaccionarias (Onganía en 1966).

El peronismo dice ser la nación. Por esto mismo, se lo reclaman todos. El peronismo fue siempre un movimiento caotizado, expresión de la falta de programa y de cobijar clanes rivales, pero con un caudillo que actuaba como árbitro, con capacidad para disciplinarlo. Ahora, carece de ese caudillo en condiciones de una acelerada convulsión política en el país, lo que plantea su disgregación inevitable.

Es una evidencia que todos los partidos burgueses son tributarios del peronismo y sobre todo su caricatura. Alende, el MID, variantes socialdemócratas, viven de las migajas del peronismo. Ahora, la explosiva crisis del peronismo plantea, para un sector de los explotadores nativos e imperialistas, la posibilidad de capitalizar parte de esa crisis del peronismo. Esa es la función de la candidatura de Alfonsín, armada de pies a cabeza por los imperialistas "democráticos".

El stalinismo, por su parte, quiere arañar la disgregación peronista para dar lugar a un Frente Popular, es decir, a otra forma de sometimiento político del proletariado a la burguesía.

La crisis del peronismo plantea la independencia de los trabajadores y su transformación en dirección revolucionaria de la nación oprimida. Para eso es necesario un partido obrero de masas.

APENDICE 1

¿El peronismo va a nacionalizar los depósitos bancarios?

La burguesía y sus partidos se cuidan muy bien de que sus maniobras políticas fundamentales no lleguen al conocimiento de las masas, o de que, en todo caso, la cosa se limite a trascendidos engañosos. Existe, desde hace un tiempo, un intenso trajinar entre las entidades empresarias y los partidos patronales, negociaciones decisivas en relación a la orientación de un futuro, puede decirse que hasta compromisos específicos de orden económico y financiero, en una palabra factores que definen toda la fisonomía proimperialista y procapitalista del próximo gobierno patronal, que son escamoteados a los trabajadores o que la gran prensa aborda con un lenguaje para entendidos y siempre ocultando lo esencial.

Hace varias semanas Lorenzo Miguel y "su economista", E.Setti, estuvieron en la Bolsa de Comercio y poco se sabe de lo que allí ocurrió, aunque es obvio que trataron la orientación de un eventual gobierno justicialista. Con posterioridad, Gómez Morales y el mismo Setti tuvieron una reunión con los dirigentes de la UIA en la que, según

los diarios ("Tiempo", 20/5/83) aquella "acepta la propuesta peronista de lograr un acuerdo económico-social". Cualquiera puede entender que un acuerdo de características tan amplias debe reflejar una coincidencia de principios entre el peronismo y la gran patronal industrial. Este hecho sólo es suficiente para mostrar el carácter de clase del peronismo, que no es otro que el de la burguesía industrial.

En una fecha más reciente este tipo de reuniones se concretó con la gran patronal bancaria, pero aquí tuvo la característica de una mesa redonda en la que participaron economistas de todos los colores, para discutir un documento base preparado por la Asociación de Bancos. Aquí no hubo, aparentemente, ningún "acuerdo económico-social", el "principal" economista del peronismo (Setti) boicoteó la reunión y aquellos que concurrieron fustigaron el documento de los banqueros y se pronunciaron enérgicamente por la "nacionalización de los depósitos bancarios" —una medida que el peronismo ya había tomado en 1946 y en 1973. ¿Ha habido una ruptura con los bancos? El asunto, además, parece oscuro si se tiene en cuenta que los banqueros reemplazaron a su directivo martinezdehozista y tienen ahora un presidente con afinidades con el peronismo.

¿Qué es la nacionalización de depósitos?

Para esclarecer la relación política entre el peronismo y la gran banca en necesario aclarar este punto de la nacionalización de los depósitos que el peronismo parece seguir conservando en su programa. Rápidamente se comprenderá que esta nacionalización es uno de los mayores mitos que el peronismo ha logrado preservar en este país.

Para hablar de nacionalización de los depósitos tendría-

mos que estar en presencia de una expropiación del dinero de los que tienen una cuenta en el banco. Como las nacionalizaciones deben indemnizarse es claro que la indemnización de una nacionalización de un depósito es el monto equivalente al depósito, lo que es un contrasentido. Bajo la denominación de la nacionalización de los depósitos el peronismo no entiende ninguna clase de nacionalización sino solamente la centralización del crédito (permitido por esos depósitos) por el Banco Central. Es apenas una variante técnica de la política de orientación crediticia regulada por el Banco Central. Como en toda centralización, su valor depende de la política que efectivamente aplique el Banco Central. Un régimen centralizado puede, en ciertas circunstancias, servir a los intereses más oligárquicos, y no debe olvidarse que la fundación del Banco Nación fue reclamada por la propia oligarquía ganadera para poner fin al descalabro de los "bancos garantidos" en 1890, y, con ello, llevar al Estado a absorver las deudas de la oligarquía con aquellos bancos.

La nacionalización de los depósitos es simplemente un contrasentido, pues aún si se entiende por eso la confiscación lisa y llana de los depositantes no debe olvidarse que el 70 por ciento de ellos son las propias empresas, que tendrían que cerrar por falta de fondos. Si no se tiene en vista la socialización inmediata y brusca de toda la economía, lo que se plantea no es la nacionalización de los depósitos, sino de los bancos, es decir, la formación de una única banca central del Estado. En este caso los depósitos quedan congelados hasta el establecimiento de un programa de asignación de los recursos financieros, democráticamente establecido. La nacionalización de la banca tiene el gran mérito de eliminar el costo social de una intermediación parasitaria y de facilitar el control de todas las operaciones financieras —lo que permite eliminar el sabotaje patronal, las operaciones en negro, la evasión de dinero, el

boicot de las inversiones y la desestabilización económica. La nacionalización de la banca permitiría, por primera vez, establecer una contabilidad nacional que haga transparente el proceso económico y que sirva para planificarlo. La nacionalización de la banca tiene completamente el carácter que se señala cuando es ejecutada por la clase obrera y se integra a un sistema de control obrero de la producción.

Quién le pone el cascabel al gato

La centralización del crédito (eso es lo que el peronismo, demagógicamente, llama nacionalización) ya se ha ido operando en la actualidad como consecuencia de la bancarrota bancaria. Los depósitos tienen garantía del Banco Central y éste determina la tasa de interés —directamente por el Banco Central, indirectamente por la política del Tesoro y de la banca oficial. Una gran parte del crédito incobrable de la banca a las empresas ha ido a parar a manos del Banco Central, que se ha transformado en el acreedor Nro.1. Si se tiene en cuenta que este proceso de bancarrotas debe continuar, el Banco Central pasará a controlar la mayoría de los activos bancarios. El proceso objetivo de la crisis ha ido más lejos que el peronismo; ha llevado a una virtual nacionalización de la banca, pues sólo le falta eliminar a los accionistas privados (lo que sería completamente lógico porque éstos siguen cobrando dividendos sobre una propiedad que ya no tienen). Es lo que se llama la "socialización de las pérdidas" por parte del Estado. Agréguese a esto que el 90 por ciento de la deuda externa privada (en su mayor parte bancos) se ha transformado en pública y se puede ver que: a) el propio régimen capitalista se encuentra a un paso de la nacionalizanalización de los bancos; b) por referencia a esto la cen-

tralización del crédito que propugna el peronismo es un paso atrás, porque implica reactivar el negocio bancario mediante subsidios tanto a los deudores de la industria como a la propia banca.

Aquí está la explicación del choque o roce de la Asociación de Bancos con el peronismo. Este aboga por un traslado de beneficios a la industria y por otro lado no deja en manos de la gran banca la dirección y el beneficio del proceso de concentración bancaria que debería permitir la cadena de quiebras virtuales. Es curioso que el acuerdo con la UIA no haga referencia a la cuestión bancaria, lo que confirmaría que hay en vista un enérgico salvataje de la burguesía industrial a expensas de la gran banca. Aldo Ferrer, en esta línea de pensamiento, plantea convertir los créditos de los bancos a la industria en acciones sin derecho a voto, levantando la hipoteca industrial y ligando los intereses por esos créditos a los beneficios que la industria pueda obtener en una recuperación. (Ver "Informe Latinoamericano", 21/5/83).

No descartar una maniobra

Una serie de hechos, sin embargo, lleva a pensar que el peronismo no cumpla con centralizar el crédito y que termine adhiriéndose a una de las alternativas de centralización que propugnan los radicales, que dan una mayor libertad de acción a la gran banca.

El boicot de Setti a la mesa de la Asociación de Bancos parece reflejar el desaire por una negociación en curso entre el peronismo y los financistas, pues de otro modo no se entiende por qué no se limitó a concurrir y exponer su posición política. La existencia de alguna negociación está sugerida también por el hecho de que el presidente de la Asociación, como ya se dijo, es un hombre afín a la

Multi y al peronismo. Un tercer dato es que el documento-base presentado por la Asociación es muy "duro" por referencia a una convergencia con el peronismo y con los industriales (de hecho propugna el mantenimiento de la actual política) lo que no sería coherente con la intención de llegar a un acuerdo con el peronismo, salvo que se parta de que fue un endurecimiento para negociar en términos de menor debilidad.

Mientras la izquierda peronista se puso eufórica por el anuncio de los economistas oficiales del justicialismo de que se "nacionalizarían" los depósitos (señal de que carecen de espíritu crítico y de que se agarran de cualquier anzuelo), más sugestiva es la posición del bloque "Coordinadora Peronista", cuyo máximo dirigente, Carlos Grosso, acaba de ser premiado con una invitación a la reunión restringida que realizaron recientemente Miguel, Cafiero, Bittel y Luder. En las "Bases para una Propuesta Programática Justicialista", lanzada por ese sector ("Convocatoria Peronista", 5/5/83), no se dice una plabra sobre la "nacionalización de los depósitos" y se habla de reformular los sistemas financiero y fiscal, colocándolos al servicio de la producción y del bienestar general". Como esto se dice bajo la rúbrica de "sin plan no habrá gobierno", no es difícil imaginar lo que será ese gobierno.

El Partido Obrero se esfuerza por desmistificar los planteos del nacionalismo burgués, pues es una tarea central para convertir al proletariado en dirección política de la nación oprimida.

APENDICE 2

A dónde va la Intransigencia Peronista

(*)

La Intransigencia Peronista desde hace un tiempo viene tratando de insertarse en el proceso político abierto por la crisis militar. Realizó su primer acto público, el 26 de julio pasado, con motivo del aniversario de la muerte de Eva Perón.

Detrás de esta corriente se nuclean un conjunto de sectores que intentan reconstituir una "izquierda peronista" bajo la dirección de Leónidas Saadi, Nilda Garre y otros.

Si bien llama "a los trabajadores y a la juventud argentina a movilizarse para que termine esta dictadura militar y recuperar la soberanía popular" su programa y planteamientos políticos se alejan de este objetivo y demuestran que no puede ser un canal revolucionario para las masas obreras y explotadas.

Reconstruir al peronismo es reaccionario

En la "propuesta para la Intransigencia Peronista" (junio 81) se declara que "mientras la tarea de la libera-

ción nacional continúe inconclusa, el Peronismo será la expresión de la voluntad irrenunciable de la soberanía popular". Esta es una vieja tesis por la que se trata de justificar al peronismo a perpetuidad, sin ver que a pesar de que ha estado al frente de la nación desde hace casi 40 años ha sido incapaz de consumar la liberación nacional. La progresividad de las corrientes nacionalistas burguesas de los países atrasados como el peronismo, por luchar contra el imperialismo, es siempre relativa, pues desde su nacimiento se esfuerzan por regimentar y domesticar a la clase obrera y llegar a un acuerdo con el imperialismo. Pero aún esta progresividad deja de existir cuando el proletariado comienza a desbordar los marcos cada vez más rígidos del nacionalismo y comienza a aparecer en forma independiente. Entonces el nacionalismo burgués concentra lo principal de su artillería contra el proletariado y hace frente común con la contrarrevolución.

La debacle del gobierno de Isabel Perón se debió, justamente, a la resistencia independiente de los trabajadores a los planes proimperialistas de éste. No fue una "desviación" respecto a Cámpora y Perón. El peronismo subió en 1973 con un programa que buscaba frenar y acorralar a las masas: el Pacto Social, la ley de Asociaciones Profesionales, la represión, etc., así lo evidencian, y precedieron a la huelga general de 1975 que quebró al gobierno peronista y su perspectiva antiobrera.

Hoy, cuando nuevamente el proletariado tiene planteado el problema de colocarse en la dirección de la lucha antiimperialista de la nación, los planteos que pretenden reconstruir al peronismo y subordinar a las masas trabajadoras a él son reaccionarios. La forma más acabada de la presencia independiente del proletariado es cuando éste cuenta con su propio partido. Pero antes de que ello ocurra se evidencian poderosas tendencias hacia la independencia de clase.

La Intransigencia Peronista no aparece aún directamente como reaccionaria porque no existe un partido obrero independiente. Pero sus confusas y contradictorias formulaciones tienen el objetivo de ocultar el significado reaccionario de la reconstrucción del peronismo, dirigido fundamentalmente a bloquear la evolución independiente de la clase obrera y a reasegurar la existencia del estado burgués.

Propuestas vacilantes

Plantear la lucha contra la dictadura militar y sostener la reconstrucción de un movimiento que ha sido cómplice de esa dictadura es, por lo menos, una posición sin salida.

"La Intransigencia peronista ratifica el apoyo a la presencia justicialista en la Convocatoria Multipartidaria" (documento dirigido al Consejo Nacional Justicialista, agosto 81). Para que se vea la impasse de las propuestas de esta corriente hay que señalar que son ellos mismos los que ferozmente denuncian a la Multipartidaria. La acusan de "sostener una 'convergencia cívico-militar', una especie de representación corporativa u otro engendro por el estilo"; de estar dominada por los gorilas; de plantear devaluaciones que hambrean a las masas; de defender los intereses de los industriales de la UIA a costa de los trabajadores y de no tener "siquiera la astucia(!) política de disimular un poco la crudeza de los intereses que defienden". Y sin embargo, no vacilan en adherir a este frente antiobrero y de colaboración con la dictadura, y concebirlo como el frente político de liberación.

La Intransigencia Peronista se reclama de la lucha contra "las multinacionales y el imperialismo", pero "cree... en la solución pacífica de las controversias sociales". Creen que es posible modificar al Estado desde

adentro, como si la larga crisis capitalista por la que atraviesa la nación no hiciera imposible la sobrevivencia del régimen democrático sin aplastar por todos los medios al militarismo contrarrevolucionario y al gran capital tanto nacional como extranjero. Su planteo para acabar con los monopolios es solamente formal: "sin la oligarquía liberal y entreguista, ni aquellos militares cipayos que la sirven... las multinacionales y el imperialismo carecerán de sustento interno para aplicar su política de dominación y dependencia". Consideran, por lo tanto, que un triunfo electoral (ya que creen en la "solución pacífica de las controversias sociales") contra los agentes directos del imperialismo bastaría para quitarle el "sustento interno" a éste ¡Qué memoria corta para quienes estuvieron comprometidos en las frustraciones del peronismo en el gobierno! El imperialismo no sólo derrocó al peronismo, antes de eso se valió de él para atacar a la clase obrera y a la democracia.

A pesar de sus enunciados antiimperialistas, entre los apoyos que ha buscado la Intransigencia está el de la Socialdemocracia Internacional, es decir, el de un ala del imperialismo europeo, que en el último período, ha tratado de penetrar en Latinoamerica del brazo de frentes o movimientos nacionalistas burgueses (UDP boliviana, etc.). Esto condiciona desde ya las posturas de la Intransigencia, como se ha evidenciado recientemente en la negativa de algunos de sus dirigentes en apoyar la movilización en solidaridad con la lucha del pueblo palestino.

Frente proimperialista o Frente Antiimperialista

La Intransigencia Peronista parte de que hay que reorganizar al dividido movimiento peronista. Esto plantea un pacto con la derecha, con la burocracia antiobrera, con

los sectores reaccionarios. El planteo de unificar y reorganizar al peronismo convierte a la izquierda en un rehén de la derecha.

¿Es que no saca ningún balance del pasado? Sí que lo hace, pero en un sentido negativo. Explica el fracaso del peronismo por el sectarismo de montoneros. ¡Pero los Montoneros no fueron sectarios cuando se trató de apoyar a Perón, la sucesión de Isabel, el pacto social, la ley de Asociaciones y disolver las coordinadoras obreras en julio de 1975! Este tipo de crítica al "sectarismo" significa que la Intransigencia Peronista se esforzará por ser más complaciente aún con la derecha. Esto ya pudo evidenciarse en el mismo acto del 26 de julio, donde cedieron la tribuna a elementos de la Liga de Gobernadores, entrelazándose así con personajes comprometidos con Isabel Perón y el verticalismo (lo que fue chiflado por la gran mayoría de los asistentes).

El mismo acto demuestra la orientación en que se inscribe Intransigencia Peronista. El país está atravesando una catástrofe política, económica y social nunca vista. La permanencia del actual régimen agrava hasta límites insostenibles la debacle social. Es en este preciso momento político que la Intransigencia Peronista convoca a un acto para plantear... la reconstrucción del peronismo en función de los planteos de "institucionalización".

Debuta, aprovechando el levantamiento de la veda política, con un acto en local cerrado, no para llamar a la clase obrera a ganar las calles, a organizar la huelga general que tire al gobierno dictatorial, sino para intervenir en la "interna peronista".

No es casual la gran desilusión con que se retiraron al finalizar el acto muchos sectores. La falta de propuestas movilizadoras concretas no se puede reemplazar con la verborragia.

La idea misma de reconstruir una izquierda peronista

está condenada al fracaso en la medida que el peronismo ha perdido todo carácter progresivo. La muerte física de Perón sólo consagró la inevitable muerte política del peronismo como movimiento de masas con alguna progresividad en la lucha antiimperialista. Para lo que fue la izquierda peronista está planteado (si quiere jugar un rol progresivo en esta lucha) no la reconstrucción de una izquierda del peronismo, sino romper con la burguesía y plantearse la estructuración de un Frente Revolucionario Antiimperialista. Así se podrá efectivamente luchar contra la dictadura y el imperialismo, por la liberación nacional y social.

(*) Extraído de "Política Obrera Nro. 333 del 12 de octubre de 1982

Segunda parte

CAPITULO X

Lo real y lo artificial de las afiliaciones peronistas

Las autoridades del peronismo han anunciado oficiosamente que habrían reunido un millón setecientas mil afiliaciones y hasta hubo quien dijera que la cifra llegaba a dos millones. El número sobrepasa largamente la cantidad de afiliados que reuniera el peronismo en vida de Perón, en las condiciones del estatuto de los partidos de Lanusse. De acuerdo con ésto, el peronismo estaría, al cabo de 40 años de su aparición en la escena nacional y luego de una experiencia gubernamental que fue el mayor fracaso de partido alguno en la historia del país, no en su ocaso, sino en su cenit. Para los seguidistas, estos resultados son el testimonio vivo de la vitalidad intrínseca del peronismo, movimiento que se confundiría con las masas y con el propio país, capaz de renacer no sólo de sus cenizas sino de su congénita incapacidad política. Para los optimistas del sectarismo estas afiliaciones son una montaña de papel carente de significado político.

Bancarrota

Está fuera de duda, al menos para un análisis serio, que el número de afiliaciones del peronismo no puede borrar de ninguna manera el hecho irrefutable de su incapacidad política, demostrada tanto en el gobierno como en la "oposición" al régimen militar. Considerar que el sufragio en general, y que estas afiliaciones, que son menos representativas que el voto cantado (dado todos los márgenes de corrupción e intimidación que permitió a los partidos patronales y, en especial, al peronismo), puede tener la capacidad para darle contenido y vigencia a un movimiento que demostró no tenerlo, y que no ha renovado ni su programa, ni sus hombres, es un perfecto desatino. Si fuera como piensan los dirigentes peronistas, la coincidencia entre un movimiento político pujante y millones de afiliados significaría la virtual solución de la crisis política nacional y la caída inmediata del régimen militar. Los dos millones de afiliados, por el contrario, no dieron lugar a ninguna manifestación o expresión de las masas recientemente enroladas en el peronismo. El acto de Ubaldini-Miguel, el 30 de marzo, fue un fenomenal fracaso, porque, independiente de las afiliaciones, no interpretó de manera alguna la voluntad de los trabajadores.

Es esta contradicción entre la afluencia de afiliaciones al peronismo y la completa caducidad de éste, lo que requiere ser explicado en términos políticos. Esa contradicción no puede ser ignorada por medio del expediente de considerar que las afiliaciones demuestran su vigencia histórica, o con el argumento de que su bancarrota anula el hecho político de las afiliaciones masivas.

Récord de afiliaciones

Las afiliaciones al peronismo están ligadas al fenómeno más general del verdadero récord de afiliaciones que han obtenido la mayor parte de los partidos que se movilizaron con ese objetivo. Hasta fines del año pasado la prensa toda se complacía en destacar que los partidos no lograban afiliados, de modo que se produjo el hecho curioso de que las afiliaciones masivas tuvieron lugar en el verano. Entre la renuencia inicial y el empuje subsiguiente hubo dos hecho fundamentales: el paro del 6 de diciembre y la marcha del 16. Esta última, especialmente, quebró las últimas prevenciones que existían masivamente frente a la represión. Esto se puede apreciar, no sólo en las afiliaciones, sino en todos los aspectos de la vida nacional. La existencia legal de nuestro partido es un ejemplo elocuente de ésto. La dictadura tuvo, por fuerza, que echar lastre y hasta favorecer la creación de un clima electoral. De un modo general, la envergadura de las afiliaciones para el conjunto de los partidos es el reflejo de la paralización y del retroceso políticos del sistema de terror de la dictadura (y aun de su desaparición de la plaza pública en muchos casos), y así como respuesta positiva de las grandes masas a la solicitud que se les hacía para obtener la legalidad. De una manera deformada, este hecho expresa una movilización potencial para acabar con la dictadura. Naturalmente, ha beneficiado, en primer lugar, a los partidos populares tradicionales, que deberían heredar electoralmente el proceso de "institucionalización". Las afiliaciones al peronismo tienden a minimizar el crecimiento de la UCR, partido que se potencia menos por el sistema de las afiliaciones y más por las elecciones. La mayor parte de la clase media que votó por Cámpora y Perón en 1973, se ha

manifestado a favor de los radicales en las encuestas electorales; el gran bastión del peronismo siguen siendo los trabajadores, en especial los del interior del país.

El espejismo de la unidad

Al boom de las afiliaciones ha contribuido, paradójicamente, la ausencia de Perón. En vida de éste la definición del peronismo pasaba por sus manos, lo que importaba era estar cerca de su "entorno". Ahora, se ha desatado una verdadera disputa para llevar la mayor cantidad de afiliados propios a las elecciones y "trenceos" internos del peronismo, para lo que se ha movido mucho dinero y mucho aparato. La burguesía ha podido seleccionar, mediante subsidio económico, sus preferencias dentro del peronismo, como no ocurría con Perón —quien arbitraba en esas decisiones. Algo parecido ha ocurrido en el radicalismo a partir de la promoción de Alfonsín, y todavía más cuando se formalizó la disputa con la "línea nacional". Ha sido un verdadero enjambre de aparatos y de recursos económicos el que se ha movilizado para explotar sus posibilidades en ambos partidos tradicionales, inflando las afiliaciones.

Parece claro que esta enorme pompa de jabón tiene que estallar, precisamente en torno a dos factores que ya hemos enunciado: la incapacidad del peronismo para superar la crisis nacional (ésto por su sometimiento al capital y al imperialismo) y la extraordinaria división que existe en su seno. Por referencia a la enorme crisis interna que vivió el peronismo en el gobierno y después del golpe, el factor principal que le ha permitido la millonada de afiliaciones es que ha conseguido presentar una situación de compromiso entre sus distintas corrientes, a pesar de la división formal que existe en el campo sindical y el inten-

to de autoconvocar un congreso justicialista hace dos meses, para echar a Bittel. Ninguna fracción considera oportuno un planteo de división, aunque todas se preparan activamente en esta dirección (salvo la izquierda, sometida por completo a la derecha). Este compromiso unitario ha creado una artificial ilusión de vigencia histórica entre algunos sectores de las masas peronistas.

Este compromiso inestable no puede durar mucho, pero en todo caso sólo puede afectar el ritmo del proceso de descomposición del peronismo y del desplazamiento político masivo de los trabajadores. En función de esta perspectiva no sólo se prepara activamente el Partido Obrero, sino también el radicalismo. La candidatura "izquierdista" de Alfonsín está dirigida a capitalizar una fracción del lectorado peronista, si se hace manifiesta la división de éste. De modo que no hay procesos automáticos: las masas no girarán hacia las posiciones clasistas porque se defrauden del peronismo en forma más aguda que en el Partido Obrero participe activamente en esta experiencia política, por medio de su trabajo programático y por la orientación que sepa imprimir a las masas que buscan una salida a esta crisis a través de la lucha diaria y de la acción política.

CAPITULO XI

¿Pacto sindical-militar?

Lo que se ha dado en llamar "Pacto Sindical-Militar" es, en realidad, el pacto entre la camarilla militar y la burocracia sindical. La médula de este pacto es, de un lado la digitación de las comisiones normalizadoras en cada gremio, donde una vez finalizadas las intervenciones militares, la burocracia actúe como verdadera "interventora por delegación", para bloquear la intervención independiente del movimiento obrero a través de sus organizaciones de clase. Del otro lado, es el apoyo de la burocracia al mantenimiento del aparato militar. El Partido Obrero pregunta: ¿cómo puede llamarse entonces pacto que favorecería a los sindicatos a un acuerdo destinado a ahogar la vida interna de los sindicatos, esto es un pacto de naturaleza profundamente antisindical?

La vigencia de este pacto es de vieja data: es el que ha regido, por lo pronto, bajo el último gobierno peronista, donde la burocracia sindical avaló la militarización del Estado para impedir la organización del activismo contra la política antiobrera del peronismo (Navarrazo, Villa Cons-

titución, intervención a las provincias, etc.).

Hoy, los principales partidos patronales denuncian la existencia del pacto. Pero "omiten", la vigencia de un pacto pre-existente: el de ellos mismos, el de la Multipartidaria, con la dictadura militar. Por el acuerdo firmado el pasado 1ro de julio se tendió un salvavidas a un régimen político en total decrepitud. Si hoy se teje un acuerdo sobre la vigencia del totalitarismo en los sindicatos, debemos señalar que este acuerdo ha sido precedido por un pacto "político-militar", que preserva el totalitarismo en el conjunto de la vida política del país.

La burguesía argentina se sabe impotente para disciplinar las relaciones sociales en el marco de un régimen parlamentario. Otros aparatos —como el Ejército y la burocracia— son llamados para cumplir ese papel. Esta es la razón objetiva en este pacto anti-obrero, la democracia sindical está relacionada con un régimen de democracia política.¿Pero qué oposición pueden ejercer contra el pacto "militar-sidical" quienes, como los partidos patronales, han aceptado la preeminancia del Ejército sobre las instituciones civiles, la preservación del aparato represivo, en suma la institucionalización? Por eso, los políticos burgueses han repetido una y mil veces que prefieren los sindicatos totalitarios "pero nacionales" (esto es, controlados por la burocracia sindical) y no sindicatos democráticos conducidos por activistas combativos y clasistas.

El Partido Obrero lucha por la democratización de todas las relaciones políticas y la extensión de estos principios a todos los sectores: las FF.AA., el aparato estatal y los sindicatos. Es decir, por los derechos sindicales y políticos en todos lados y por la aplicación del sufragio universal para todos los cargos del Estado sin excepción. En el seno de los sindicatos, reclamamos que se formen comisiones normalizadoras elegidas en asamblea, al margen de la digitación militar, y se llame a elecciones inmediatas.

CAPITULO XII

Miguel-Alfonsín
La política patronal en descomposición

Por más que se tiren con cascotes, Alfonsín y Lorenzo no representan más que las variantes de un mismo y gran pacto: el pacto del conjunto de los partidos patronales y de los burócratas sindicales con el régimen militar. La llamada "institucionalización" no es sino eso: tuvo su origen en la reunión formal de la Multipartidaria y demás partidos con Bignone el 1ro de julio pasado, y consiste en realizar un pasaje gradual, vigilado y condicionado a un régimen político que, por este motivo, de constitucional, sólo tiene el nombre.

Lorenzo Miguel no puede negar su acuerdo de fierro con la camarilla militar, cuando desde 1966 la burocracia sindical viene anudando acuerdos con todas las direcciones de las fuerzas armadas. Con el precedente de las tres A y de los golpes conjuntos contra Cámpora y los gobernadores electos el 11 de marzo de 1973, Lorenzo Miguel sólo puede engrupir tontos negando el pacto con la dictadura. Como ni la burocracia de Azopardo, ni la de Brasil quieren recuperar los sindicatos por medio de la acción independiente de los trabajadores, está claro que pretenden

poner las manos sobre ellos con el consentimiento de la dictadura. Como todo pacto, que aparecen lógicamente en situaciones de crisis, este también tiene y provoca roces, pero quien puede negar que funcionó contra los obreros de Volkswagen de Monte Chingolo, poniendo en evidencia la finalidad estratégica de ese pacto: bloquear la emergencia de un movimiento obrero, independiente. (Y buscan " pruebas" al pacto).

Alfonsín es, de los políticos patronales, el que quizás menos autoridad tiene para denunciar un pacto: en enero de este año, hace sólo unos pocos días, tomó la iniciativa de convocar a la reanudación del "diálogo" público entre la Multi y el gobierno, interrumpido en oportunidad de la manifestación del 16 de diciembre. Un hombre de su partido, Luis Etchezar, dirigente de la Fraternidad, integra la central pactista de Azopardo, la que más firmemente se adaptó a la dictura en estos tres últimos años de crisis económica y política intensas.

El pacto con la dictadura no agota la cuestión de la capitulación fundamental de los Alfonsín y de los Miguel. Después de todo, el régimen militar es una de las variantes que asume la misma dominación burguesa e imperialista. En el transfondo del pacto con la dictadura está el pacto con el imperialismo, que en estas épocas adopta un ropaje "democrático". Los Alfonsín y los Miguel, así como sus emisarios, se pasean por Europa y los Estados Unidos, en giras políticas cuya esencia es ésta: garantizar al imperialismo la intangibilidad de sus intereses económicos, así como los de los compromisos diplomáticos fundamentales anudados por la dictadura. Cuando estos hechos ocurren con los aliados de Gran Bretaña es inocultable que negocian la soberanía nacional en sus aspectos más formales y elementales. La demagogia democratizante de uno y la nacional y sindicalista de otro, son envolturas diferentes de un mismo contenido proimperialista.

La gran trampa que esta polémica puede representar para la clase obrera y la clase media, sería precisamente, que vean a Alfonsín como un defensor de la democracia contra el totalitarismo, y a Miguel como un defensor de los sindicatos contra los gorilas. Miguel no reniega de la fachada constitucional, y se está aprestando a usarla, cuando ello conviene a los intereses propatronales que representa. Alfonsín no puede ser considerado un opositor al totalitarismo en los sindicatos, pues contribuyó a aquellos golpes ya mencionados de 1973 y al propio golpe de 1976 contra "la guerrilla fabril". Las variantes de Alfonsín y Miguel se transforman sin la menor dificultad la una en la otra, cuando ello es así exigido por las necesidades políticas de la clase a la que sirven: la burguesía.

Lo importante de esta lluvia de piedras es que, si se mira bien, es una manifestación de la aguda descomposición de la dictadura y del condicionado proceso de "institucionalización" en su conjunto. Que se estén tejiendo acuerdos extraconstitucionales prueba, exactamente, que los compromisos con la camarilla militar, así como el conjunto de condicionamientos de ésta y del imperialismo, hacen inviable la salida constitucional. Estos pactos agravan la lucha de camarillas en las fuerzas armadas —ya divididas en extremo por los innumerables puntos de crisis— y desatan esa lucha dentro de la Multipartidaria. Como consecuencia de la crisis Miguel-Alfonsín todos los políticos patronales y los militares han salido de urgencia a apagar el fuego, ya que una división de la Multipartidaria podría minar seriamente la capacidad del régimen actual para seguir manejándose frente a la crisis económica y política y frente a las luchas obreras. Recientemente, la cúpula militar y los jueces tuvieron que intervenir de urgencia en el partido justicialista bonaerense para evitar que desaparezca dividido en innumerables fracciones.

Como se ve, los componentes fundamentales del Estado están atados con hilos.

No se nos escapa que el enfrentamiento Alfonsín-Miguel en sí mismo no esclarece lo que representan cada uno, ni el carácter reaccionario y sin salida de la "institucionalización". Ambos se esfuerzan por ocultar lo que realmente está en juego. De aquí que hasta haya provocado una mayor confusión. Pero esta fase de la crisis recién comienza. En el curso de ella los trabajadores podrán hacer la experiencia a fondo con estos planteos y dirigentes patronales y claudicantes. Se confirmará por medio de ella la tesis fundamental de nuestro partido: la conquista de la democracia y de la independencia nacional sólo puede ser obra de la acción de las masas explotadas dirigidas por la clase obrera, entendiéndose por esto que la clase obrera está organizada en su propio partido.

CAPITULO XIII

Qué paso en las internas del peronismo

Es indudable que las internas del peronismo no pueden despacharse con un análisis simplista, pero lo verdaderamente importante es comenzar a sacar algunas conclusiones fundamentales.

Patrones al frente

Las candidaturas que emergen como resultado de estas elecciones son las de Cafiero y de Luder. Se trata de toda una definición, pues los dos protagonizaron la última fase derechista del gobierno isabelino y se destacaron por su marcada tendencia pro-imperialista. Luder fue el hombre que el ala militar videlista procuró promover durante un cierto tiempo para dar un "golpe blanco" y quedar con el control del proceso político. Cafiero, luego del pasaje de Rodrigo, fue el ministro de economía que permitió la más feroz especulación financiera y logró acelerar la descomposición económica que llevó al golpe militar.

Ambos levantan un programa de complacencia con el imperialismo y de compromisos con la banca mundial. Se trata de incuestionables candidatos patronales de un partido que no se cansa de repetir que representa a los trabajadores argentinos. Las internas, en este aspecto, han terminado de clarificar el panorama político de conjunto, pues de ella surge claramente que el peronismo no presenta ninguna variante, ningún programa que procure ser la expresión del más mínimo antiimperialismo. No en vano Bittel se ha esforzado en los últimos días por reclamar que las reivindicaciones salariales no den lugar a manifestaciones o huelgas, para que el "proceso" se desenvuelva "tranquilo".

Todavía hay mucho para "trenzar"

Lo que no ha quedado en claro, todavía, es el grado de compromiso que Cafiero y Luder deberán contraer con las principales camarillas del peronismo: la de la burocracia miguelista, la del verticalismo isabeliano y la de los caudillos derechistas del interior (como los Romero en Corrientes y Salta, por ejemplo). Esto es importante para saber si podrán ofrecer a la burguesía y al imperialismo una capacidad de independencia respecto a las logias, trenzas y corruptelas que caracterizaron el gobierno peronista. Más importante aún, lo que le importa al gran capital, es el grado de autonomía de esos candidatos respecto del aparato de los sindicatos, para imponerles a éstos un programa de austeridad, bajo la denominación de "pacto social". Frente a todo este juego de trenzas, camarillas y conspiraciones, el alfonsinismo pretende presentar la alternativa de un gobierno transparentemente parlamentario. Las internas del peronismo han mostrado un elevado grado de fragmentación interna —en la provincia de Bue-

nos Aires se anuncian ¡¡146 agrupaciones!! Esto quiere decir que los apetitos son grandes y el partido incontrolable.

En función de esta situación de fragmentación se está proyectando una intervención directa de Isabel, que podría darle unidad a muchas de estas fracciones para favorecer la inserción en las candidaturas y reparto de posiciones a los sectores de la mafia lopezrreguista, verticalista, masserista, etc. Por eso a diferencia de la interna radical, la del peronismo no ha concluido con un panorama más estabilizador, sino más confuso.

No es un canal antiimperialista

Intransigencia peronista no se ha conventido en ningún canal de expresión, y hasta sorprende su escasez de votos y de poder de convocatoria. La izquierda peronista ha fracasado en querer reeditar la experiencia de aglutinamiento de 1972 y 1973. La pequeña burguesía nacionalista va por otros caminos. Si las candidaturas patronales se consolidan es muy probable que Intransigencia se desbande mediante el pasaje de sus simpatizantes a otros partidos de izquierda.

En líneas generales, en las internas del peronismo no ha votado más del 30 por ciento del padrón. Esto es muy importante: hay gente que llenó la ficha pero no cree ya en el peronismo (en la UCR votó más del 50 por ciento). Sobre tres millones de afiliados esto deja a dos millones en disponibilidad. En líneas generales esto muestra que un FRENTE ANTIIMPERIALISTA DE TODA LA IZQUIERDA podría morder en profundidad en una vasta franja del peronismo.

CAPITULO XIV

Para qué vuelve Isabel

Las versiones sobre un retorno de Isabel Perón para mediados o fines de agosto han paralizado al peronismo. Las candidaturas han quedado congeladas, hasta por el hecho de que, con excepción de Matera y de Intransigencia Peronista, los propios candidatos han declarado que Isabel deberá tener un papel relevante en la selección del candidato del peronismo.

La cuestión del regreso de la ex presidente ha servido para mostrar la situación de desintegración del peronismo, que ni la reunión de varios millones de afiliados ha logrado tapar. Para que una persona pueda ejercer la gravitación que se le reconoce a Isabelita es necesario que el partido carezca por completo de un eje interior propio de reagrupamiento. De hecho, toda la llamada normalización "democrática" del peronismo ha quedado cuestionada, desde el momento que se admite que pueda ser condicionada, al menos en alguna medida, por una dirigente no elegida, cuyo único atributo (si se puede decir así) es llevar el apellido Perón, pero que tiene la gran desventaja del colosal desprestigio derivado de su pésima gestión guberna-

mental.

Isabelita no puede estar pensando en su retorno político si no es en función de los intereses de determinada fracción, pues en este terreno no existen las aspiraciones personales. La fracción de Isabelita es la que se tejió en torno del lopezrreguismo y el masserismo, y que tuvo su centro más general en la Logia P-2. Para esta Logia el retorno es vital, pues de él depende que recupere sus inversiones y su influencia.

La alternativa que se considera más probable en relación a la conducta de Isabel, no es que digite su candidato, pues esto sería resistido al precio de la división del peronismo. La Logia P-2 no tiene el peso para imponerse a las otras fracciones del gran capital. Lo que se supone es que negocie con el candidato más votado, con la finalidad de retener la dirección del peronismo y, también influir en la selección de los integrantes de un gobierno peronista.

El hombre que parece llamado a amalgamar a la fracción isabelina con el conjunto del peronismo es Italo Luder. Lo demuestra un hecho sugerente: es el único candidato que no ha abierto la boca para referirse al retorno, en tanto que sus asesores se empeñaron en rememorar que fue abogado defensor de la ex presidente. Pero Luder es el hombre de la Iglesia, y es por eso que se dedica tanto a defender las encíclicas "sociales" del Vaticano. No debe pasar desapercibido que Luder es el candidato de Lorenzo Miguel, y que éste ha continuado su peregrinación a los obispos; ya se entrevistó a Primatesta y a Plaza, y la semana pasada visitó al obispo de Chascomús, José María Montes. La Iglesia, a su vez, hizo el gesto atrevido de salir a promover a la burocracia, respaldando y recomendando el programa de las dos CGT a Bignone y a la Multipartidaria. La Iglesia asimismo, es el único sector del gran capital que no se ha alineado con el alfonsinismo. En realidad, se

ha puesto detrás de Luder-Miguel para bloquear al candidato de la UCR, demasiado liberal para sus gustos.

Isabel Perón, distanciada de López Rega pero no de la Iglesia, y tengamos en cuenta que la Iglesia también tiene todavía intereses comunes que defender con la Logia P-2 (con la que estuvo asociada en el Banco Ambrosiano), puede volver para reforzar, precisamente la candidatura del hombre que la reemplazó, en 1975, en una maniobra conjunta con el alto mando militar de entonces, encabezado por Videla, es decir, de Italo Argentino Luder (sus dos nombres de pila simbolizan la conexión característica de la logia y del Vaticano). De cualquier manera, parece claro que el clero y una parte del ejército son las dos únicas instituciones del imperialismo que se alinean con el peronismo. Se trata de todo un retorno a las fuentes: en el 45 ocurrió lo mismo, (pero en el 45 estaban detrás del peronismo los trabajadores entusiasmados, ahora no).

La cuestión más importante de todo esto es que lo que está ocurriendo sea denunciado a los trabajadores; que se ponga en evidencia la conexión política reaccionaria de la cúpula peronista, y que así lo comprenda la izquierda peronista. Para esa tarea es fundamental que se estructure en el país un frente antiimperialista de toda la izquierda.

CAPITULO XV

Luder-Bittel al gobierno, el imperialismo y la Iglesia al poder

El miércoles por la noche los teléfonos transmitían a las redacciones de los diarios la inminencia de la salida de la fórmula justicialista: Luder —presidente—, Bittel —vice— . Este último, vista la derrota de Matera y Robledo en Santa Fe, transmitía la "impresión" de una cosa ya decidida. Si se piensa que la semana anterior las aguas anduvieron agitadas por la venida de Isabel, es lícito suponer que la proclamación hecha por Bittel puede congeniar con lo que piensa la viuda de Perón.

Los defensores de la fórmula podrán argüir que resulta de una selección democrática. Discordamos. Sólo Luder, Cafiero, Matera y Robledo tuvieron los medios económicos para intervenir en la interna —medios que fueron desde la promoción personal hasta el sostenimiento de los aliados en cada provincia. Estrictamente hablando, la fórmula peronista la eligió el capital. Pero aun la mecánica política interna no fue democrática: Luder fue el gran tapado, puesto que en las provincias se votaba por listas en las que se ignoraba el compromiso que pudieran tener con

los precandidatos nacionales. En realidad, la interna justicialista se hizo sobre la base de motivaciones locales y de parroquia, y los así elegidos serán luego arreados para elegir los candidatos nacionales con total independencia de lo que piensen los afiliados.

Pero, claro está, lo que importa fundamentalmente es la filiación de esos candidatos. Luder fue presidente interino en 1975, del régimen de la triple A y de la operación Independencia. Está ligado políticamente al proceso del terrorismo de Estado y de las 30.000 desapariciones. Fue el hombre del Estado mayor de las fuerzas armadas para reemplazar definitivamente a Isabel, si el congreso se ponía de acuerdo en la propuesta de los militares de iniciarle juicio político a la ex presidente. Bajo Luder se aplicaron los planes económicos que, en orientación y método, fueron el anticipo del plan de Martinez de Hoz. No se conoce un solo pronunciamiento de Luder en favor de Madres y Familiares, o una sola actividad de resistencia al gople militar o a la dictadura. De Bittel se puede decir lo mismo, no por casualidad mantuvo su puesto de vice-presidente del partido justicialista en estos siete años.

Las cosas son claras: los electores peronistas son llamados a votar por dos colaboradores de la dictadura. Tanto el uno como el otro gozan del favor del imperialismo y del clero (este último en particular). La Intransigencia Peronista, la tendencia en la que militaba Cambiaso y tantos otros, es llamada a votar por los colaboracionistas y encubridores del sistema y del aparato de los asesinos de Cambiaso y de esos otros. El Partido Intransigente, el PC, los socialistas auténticos y populares, los partidos de Trabajo y de la Nueva Democracia — todos los cuales han prometido votar por el peronismo o por la primera minoría en el colegio electoral— son llamados a votar por los candidatos del imperialismo y del Vaticano. Y han dicho que lo harán. Hay que apurar el veneno hasta la última gota.

Las posiciones políticas de la mayoría de los partidos de izquierda son claras, pero comportan una contradicción. A través de Luder-Bittel pretenden conformar un frente de resistencia al imperialismo, en donde también incluyen a Alfonsín (Alende ha llamado a mantener la Multipartidaria y el PC ha dicho que votará a la UCR si ésta sale primera). Pero esa fórmula, y la clase social que representa, son proimperialistas. Como en 1958, cuando se encolumnaron detrás de Frondizi (posición que tuvieron también la mayoría de los actuales dirigentes del MAS), van a un callejón sin salida. No hay posibilidad de reconstruir un frente nacional en torno al peronismo, que actúe como dique de la ofensiva imperialista. 1973-76 parece no haber enseñado nada. La posición de la mayoría de la izquierda refleja la posición de la pequeña burguesía que busca evitar el pasaje a una lucha revolucionaria junto al proletariado, y que sigue soñando con poner de pie el sistema democrático sobre las bases tradicionales del rég - men capitalista.

El llamado a un frente antiimperialista de toda la izquierda, efectuado por el Partido Obrero, tiende a luchar contra esa confusión política y, significativamente, ha tenido una gran repercusión entre los activistas de la izquierda.

El Partido Obrero, el partido revolucionario, tiene la obligación de clarificar la situación de los militares y de las masas que siguen a los partidos del campo antiimperialista de contenido burgués y pequeño burgués, incluso de desenmascarar a tales partidos. Se debe señalar que existe una vía para plantear una alternativa a la polarización entre los dos partidos que representan al gran capital nacional. Se debe denunciar la contradicción que consiste en levantar un programa de reivindicaciones antiimperialistas y colaborar con los partidos proimperialistas, como lo hace la mayoría de la izquierda. La fórmula Luder-Bittel, no

por anticipada es menos contundente. Se quiere llevar a una parte del electorado a votar por representantes de izquierda al colegio electoral, los que a su turno, habrán de votar allí por el poder para el imperialismo y el FMI.

La clarificación de la fórmula justicialista y la consagración de la radical, delimitan la situación electoral. Debemos aprovechar este hecho para plantear dos grandes consignas:

* Los obreros votemos por los obreros.
* Que la izquierda rompa con la gran burguesía y constituya un frente antiimperialista.

CAPITULO XVI

Luder, sí a la amnistía, sí a la deuda externa, sí a la austeridad

Luder y sus asesores multiplican los pronunciamientos que demuestran que su política es definidamente proimperialista. Propugnan la conciliación con el imperialismo, los militares y la "patria financiera". Hay que señalar la característica real de la candidatura más probable de lo que los demagogos llaman el "pueblo peronista". A pesar de todas las evidencias que se acumulan contra el luderismo, desde las columnas de "La Voz" y del periódico del PC se exalta al candidato de la Iglesia y el gran capital.

"*... el primer paso de las próximas autoridades deberá ser 'la consolidación del gobierno democrático, a través del compromiso de todos los sectores económicos y las Fuerzas Armadas de tratar de encontrar un marco de estabilidad. Recién luego de ello podrán encararse las soluciones' a los problemas económicos*". En estos términos definió ante "La Voz" (8/8/83) Horacio Perícoli, presentado como "*estrecho colaborador del precandidato presidencial por el justicialismo Italo Luder*", la estrategia del hombre que tiene las mayores posibilidades de convertirse en el candidato del peronismo.

Si traducimos al lenguaje de la realidad concreta la definición anterior, lo que se desprende es muy claro: el luderismo propugna la conciliación política con la camarilla militar (y esto para *"consolidar la democracia"!)* y el entendimiento con la "patria financiera" y el propio imperialismo. Solamente después de haber logrado poner en marcha esta colaboración, puede el país esperar "soluciones", es decir, alguna tajada de los mayores beneficios que se derivarían de imponer a los trabajadores la vigencia de aquel pacto o compromiso. Como se puede apreciar, cuando Italo Luder lanzó la semana pasada la tesis de que los *"efectos jurídicos"* de una autoamnistía dictada por la junta militar serían *"irreversibles"* , no hablaba simplemente en calidad de profesor de la Facultad de Derecho, sino que estaba poniendo su parte en ese *"compromiso con las Fuerzas Armadas"* que sería condición para *"la consolidación del gobierno democrático"*. Tampoco es cierto que rechazara políticamente la autoamnistía y que se resignara al hecho consumado de sus *"efectos jurídicos"*, pues surge bien claro de lo declarado por su *"estrecho colaborador"* que el acuerdo con el militarismo es una piedra angular de la estrategia luderista.

Este planteamiento político es típico de un candidato proimperialista y propio de quien ha montado su acceso a la presidencia de la Nación sobre la base de compromisos muy claros con el imperialismo. Es por eso que suena a vergonzosamente ridículo el asombro del columnista Tabaré, del diario "La Voz", quien se pregunta: *"¿Quién asesora a Luder? Parecería que no tiene calibradas las trampas que le van tendiendo"* (5/8/83). Pobrecito doctor Luder, no sabe lo que hace, patea contra su propio arco, otra cosa sería si siguiera los consejos de Tabaré, quien se presenta, como un luderista más lúcido que Luder.

Los Tabaré no sólo no quieren sino que tampoco pue-

den admitir las evidencias: Las candidaturas por las que los Tabaré van a votar son proimperialistas, son criaturas del gran capital y pugnan concientemente por el entendimiento con la dictadura. ¿Por qué motivo el hombre del "operativo Independencia" no sabría de lo que está hablando cuando defiende la autoamnistía? Las "recomendaciones" de los Tabaré a los Luder son un convite al cinismo y a la demagogia: no importa, doctor, que usted esté por el entendimiento con los opresores, pero por Dios no lo diga, no sea boludo, que Alfonsín lo puede aprovechar para hacer demagogia democrática.

No investigan la deuda

El señor Perícoli también habló de la deuda externa. Propuso la refinanciación de ésta, se declaró contrario a un "club de deudores" y afirmó que *"el objetivo sería mantener el endeudamiento externo constante..."*. En síntesis, pagar los intereses de la deuda y refinanciar a largo plazo la amortización del capital.

¿Pero qué significa esto? La deuda es de 40.000 millones de dólares. La tasa de interés y la sobretasa de "riesgo" que se cobra por ella oscila entre el 13 y el 15 por ciento. Por lo tanto el pago de los intereses significa la erogación anual de 5.200 a 6.000 millones de dólares. Por eso Perícoli, claro está, quien lo va a recorrer, son los trabajadores. Lo que Perícoli-Luder esclarecen es que impondrán al país el compromiso con el imperialismo con toda "firmeza". Es para esa "firmeza" que necesitan a las Fuerzas Armadas y a la ley de amnistía —no para *"consolidar la democracia"*.

Comprometerse a pagar la deuda externa en estos términos es convalidar el endeudamiento fraudulento que caracteriza a la mayor parte de la deuda. Significa encu-

brir a la “patria financiera”, es decir, mantener en pie a la columna vertebral del sometimiento económico de la nación al imperialismo y del parasitismo. También significa una política de austeridad y de miseria, ya que equivale a destinar el 10 por ciento del trabajo nacional (el producto de Argentina es de 70.000 millones de dólares al año) y el 33 por ciento de los salarios (que están entre los 20 y 25 mil millones de dólares) al pago de los usureros internacionales. Es a esta política que se la presenta como nacional.

Gastos militares

El asesor de Luder también se refirió al déficit fiscal y declaró que *“uno debe actuar con la mayor firmeza en materia de gastos”*, pero no se refirió para nada al presupuesto militar (otra consecuencia de los *“efectos jurídicos”*). Pero no tocar los gastos militares ni los intereses de la deuda pública es renunciar a reducir el déficit y a eliminar el gobierno caro. La única “firmeza” que queda es atacar los gastos en salarios y en obras públicas que requieran financiamiento interno (en ausencia o por boicot de financiamiento internacional). El resultado es una política que se parece como dos gotas de agua a la de los ministros del “proceso”.

A pesar de todas estas evidencias Luder tiene seguidores en la izquierda, no sólo Tabaré. El periódico “Qué Pasa”, órgano del Partido Comunista, dice que la candidatura de Luder *“implica una derrota para la reacción gorila* (ni más ni menos!) *que quería la peor fórmula peronista”* (¿cuál?¿Isabel? —el diario no lo dice) (10/8/83). Este razonamiento le sirve al PC para apoyar al candidato proimperialista, pero sólo un ingenuo sin remedio podría aceptar que Luder es una derrota del gorilismo.

Los candidatos con chance del peronismo son candidatos derechistas y proimperialistas no por razones subjetivas, sino porque tienen que dar una expresión política a la adaptación de la burguesía nacional al imperialismo, así como a la de cargar el peso de la crisis y del salvataje de los capitales en quiebra sobre los trabajadores. El peronismo llegó a adquirir las características de un masivo movimiento nacional, pero esto no quiere decir que su carácter de clase haya dejado de ser en algún momento, burgués. Su dirección toma las aspiraciones de clase de la burguesía nacional como su propio punto de partida y procura adaptar los métodos con que las impondrá a los trabajadores a las características del momento y de su propia necesidad de mantener todo el tiempo que fuese posible el control sobre las masas. Cuando esta pretensión entra en crisis se producen violentos derechismos, incluso el terror, o se da paso al golpe militar. La izquierda tiene la obligación de ponerse a desenmascarar la demagogia del peronismo y crear las condiciones político-partidarias para que las masas puedan superar el freno irreversible del nacionalismo burgués.

CAPITULO XVII

La "COLINA" no es un frente, no es antiimperialista, ni es de izquierda

En la semana que acaba de transcurrir se ha informado de las activas gestiones entabladas entre el peronismo y un grupo de partidos de izquierda (PSP, PC, PSA, FIP) con la finalidad de que estos constituyan un frente con candidatos propios a nivel parlamentario, pero que apoyarían las candidaturas presidenciales del justicialismo.

Hay que convenir en algo: en este país nuestro se han visto muchas cosas, pero es la primera vez que un partido que no pertenece a la izquierda se toma el trabajo de armarle un frente a ésta, casi diríamos de confeccionárselo, para (claro está) servirse de él. Es sólo un episodio,pero qué episodio! Arrastrados al campo burgués y a las candidaturas proimperialistas, estos partidos de izquierda pierden hasta su autonomía organizativa.

La finalidad del peronismo en todo esto es fácil de ver. Quiere arrimarse los votos y someter políticamente a la izquierda, pero pretende no aparecer en un compromiso con un partido "internacional" como el partido comunista. De ahí que inventó el frente para diluir al PC entre los partidos "nacionales". El peronismo quiere borrar la im-

presión proimperialista de sus candidatos, armando algo que tenga un remoto parecido con el FREJULI de 1973 (bendecido por Perón). Es con este objetivo que trata de que se confeccione el actual COLINA (Convergencia para la Liberación Nacional) (qué lindo disfraz para el proimperialista Luder), pero, en principio, la cresta de esta colina está muy empinada. Los de la izquierda "nacional" no quieren ir en la misma bolsa con el PC, y ya han anunciado que apoyarán al peronismo en forma "independiente" (en nuestra Argentina las palabras ya no valen nada: se llama independiente a la subordinación y frente de izquierda a un bloque contra los partidos de izquierda).

Estas gestiones prueban una cosa muy importante: la izquierda colaboracionista no es capaz de presentar su frente con el peronismo como un acuerdo entre organizaciones autónomas, esto porque el peronismo no acepta una discusión sobre el programa y los candidatos. Debe entrar al frente con el peronismo en calidad de vasallo político, lo que quiere decir que renuncia a una real existencia política. El frente con los candidatos del imperialismo no puede tener el carácter de un real frente ni remotamente procesarse de un modo democrático. Es cristalino que este hecho solo, lo descalifica en su pretensión de ser un frente antiimperialista, ya que un frente de este último tipo (que se basa en la movilización de las masas) no puede estructurarse por medio de una alevosa imposición política.

Los partidarios de este frente vasallo afirman que una política frentista debe tener por eje al movimiento obrero y que por eso debe girar en torno al peronismo. Pero un frente que gire en torno al peronismo tendría por eje a la burguesía nacional pro-imperialista, no a la clase obrera. No se quiere entender que el propio peronismo puede ser comparado a un sistema planetario donde los obreros giran alrededor de la burguesía nacional. ¿Cuándo el pero-

nismo ha expresado los intereses históricos del proletariado, o, siquiera, la delimitación política de la clase obrera en relación a la burguesía nacional? Si es cierto que el frente antiimperialista de la izquierda, que plantea nuestro partido, no puede reclamar para sí la *representación directa* de la clase obrera, si expresa la política obrera independiente de la gran patronal y en este caso puede luchar por la conquista de la mayoría de las masas explotadas. Los "marxistas" de nuestra izquierda se mueven con categorías fijas —el peronismo *es* la clase obrera, la izquierda *no es* la clase obrera. Las categorías fijas, no lo negamos, tienen su utilidad, porque representan aproximadamente la realidad en condiciones de estabilidad. Pero todos estamos de acuerdo en que las condiciones actuales son de inmensa crisis, y que en estas condiciones se producen violentos cambios en las posiciones de la clase y de los partidos. Estamos en presencia de una situación transicional de cambios, en relación al alineamiento que las clases han tenido en el pasado. En estas circunstancias las categorías fijas no sirven, es necesario un poco de método dialéctico. Esto quiere decir que hay una tendencia de la clase obrera a emanciparse del peronismo, tendencia que se tendrá que agudizar en el caso de que el peronismo vuelva al gobierno.

Este episodio de un frente que los partidos de izquierda tuvieron que encargar al peronismo, demuestra todo el peso de autodestrucción política que tiene el sometimiento a los candidatos proimperialistas. Pero, además, tampoco el peronismo ha podido cimentar a la izquierda (nadie acepta a nadie); los colaboracionistas deberán ir a las elecciones en completo desorden, con la esperanza de que la inclusión de los candidatos presidenciales del peronismo en sus boletas conduzca a algunos electores del peronismo a agraciarlos con el voto en las listas parlamentarias. ¿Qué falta de altura, no?

Cuando el Partido Obrero, lanzó su campaña por el frente antiimperialista de la izquierda señaló muy claramente que la mayoría de la izquierda se había pronunciado por el voto al peronismo (incluídos el PI y la democracia cristiana, en el colegio electoral), nada de esto nos toma por sorpresa. Todo lo contrario, la COLINA demuestra que estábamos acertados al decir que la izquierda no tenía perspectivas de afirmarse en un frente con el peronismo, de modo que se autodestruía si decidía apoyarlo incondicionalmente. Tuvimos en cuenta en nuestro planteo que la tendencia de la lucha de clases y aún de los activistas (es decir, incluso en el plano subjetivo) era hacia una acción independiente de los representantes de la gran burguesía, y también tuvimos en cuenta la posibilidad de tendencias auto-defensivas de las direcciones de la izquierda, a medida que fueran comprobando su impasse. Sobre lo primero, los pronunciamiento frentistas se incrementan, y el Partido Obrero armará un frente con todos esos sectores; sobre lo segundo no está dicha la última palabra. Todavía se producirán algunas crisis de aquí al 30 de agosto —fecha de cierre de los registros de frente— y ni que hablar de ahí en más.

CAPITULO XVIII

Peronismo y militarismo

"Los militares no deben ser excluidos ni confinados a sus casinos, a lamentarse de sus heridas y a criticar a las nuevas autoridades, sino que deben ser incorporados a la tarea de fortalecimiento del polo institucional".

Estas palabras son, nuevamente, de Italo Luder y fueron transcriptas por "La Nación" en su columna política de los domingos (7/8/83). No cabe ninguna razón que la filiación proimperialista y promilitarista de su candidatura quede diluída.
quede diluída.

¿Falta de perspicacia electoral? Todo lo contrario. Para Luder está muy claro (y su experiencia política es de larga data) que del electorado se ocupa el aparato del peronismo y la apelación a la memoria de las conquistas sociales asociadas con el peronismo. El problema es que todo esto puede no servir de nada si los poderosos intereses capitalistas deciden financiar una candidatura rival dentro del peronismo o lo boicotean durante la campaña

electoral o en oportunidad de asumir el mando. Luder sabe que, para el caso concreto de candidaturas como la suya, todo depende de la Iglesia y el imperialismo.

Pero volviendo a los conceptos de Luder digamos que el militarismo no puede fortalecer ningún polo institucional si por tal cosa se entiende la democracia política. El ejército es una organización estamentaria y jerárquica, en tanto que las instituciones republicanas son abiertas y renovables. Esto plantea una contradicción, pues la camarilla militar cuenta con un poder político que es permanente en tanto que los políticos y los parlamentarios están sujetos a las variaciones del electorado. En estas condiciones las instituciones representativas no subordinan a las armadas sino sólo cuando cuentan con el consenso de la propia camarilla militar —lo que ocurre cuando el conjunto de la burguesía está conforme con el régimen político constitucional. Para que haya realmente democracia es necesario que se extiendan a las fuerzas armadas los principios de la democracia política: 1) reconociendo derechos políticos y sindicales a la tropa y suboficiales; 2) estableciendo un mando político en todas las unidades militares, elegido por medio del sufragio universal. En última instancia el imperio de la soberanía popular sólo es completo cuando el armamento no es monopolio de una casta separada de la sociedad, sino de ésta en su conjunto.

CAPITULO XIX

La ultraderecha del peronismo se impone en el congreso

El congreso peronista de la provincia de Buenos Aires terminó en una fenomenal batahola y hasta en la impugnación judicial. Con lo importante que es todo esto, mucho más importante es que los delegados eligieron al ex intendente de Avellaneda, Herminio Iglesias, como candidato a gobernador, un hombre ultraderechista y vinculado a los sectores más gangsteriles de la burocracia sindical. Como consecuencia de esto fue derrotado el llamado "candidato de lujo" del peronismo, Antonio Cafiero.

No se puede dejar de tener la impresión de que a Cafiero le tendieron una descomunal cama. En un principio Cafiero insistió tozudamente en reclamar la candidatura presidencial, pero poco antes del congreso bonaerense fue de alguna manera persuadido a disputar en calidad "de ganador" la gobernación de la provincia. El bloque Luder-Miguel, que se lo sacó de encima en la disputa por la predencia, dificilmente sea ajeno a su derrota en el congreso, esto si se tiene en cuenta que Iglesias viene del miguelismo y que notorios miguelistas (Ponce, Ibañez) lo apoya-

ron publicamente. Es incierto que la justicia electoral pueda dar vuelta esta situación sin crear una ruptura irreversible del peronismo. Con Iglesias en Buenos Aires y Luder en la presidencia, Miguel, que reclama la vicepresidencia del justicialismo, se transforma en el dueño del aparato peronista.

La derrota de Cafiero significa que la izquierda del peronismo ha sido arrasada. Intransigencia y Movilización no tuvo significación en la interna peronista, y esto a pesar de que se alió a grupos superderechistas para conquistar algún delegado congresal. Ahora se derrumba el MUSO, ya seriamente golpeado con anterioridad por la autoexclusión de Bittel. En el MUSO se nucleaban los burócratas llamados combativos y otros de pasado de lucha como Dighon, e incluso las huestes de Rodolfo Galimberti. Intransigencia se esforzó por armar un acuerdo con el MUSO, pero a pesar de ello no pudieron evitar la derrota frente al aparato decidido. En la propia Capital Federal también ganó la derecha, ya que la lista en la que estaba inscripto el telefónico Guillán (lista del patronal Grosso) no pudo obtener siquiera la minoría.

Si los que levantan la tesis de la democratización del peronismo y de la soberanía de los afiliados fueran consecuentes, tendrían que concluir que las bases peronistas se han ido a la derecha y a la extrema derecha. Como los que insisten en lo de la democratización son precisamente los izquierdistas que endiosan al "pueblo peronista", una conclusión tan clara serviría para mostrar lo incoherente de sus planteamientos y su inevitable bancarrota.

Pero la izquierda está equivocada tanto en la premisa suya como en la conclusión que de ella derivaría. La derecha ganó, no porque los afiliados son de derecha, sino porque la izquierda trabajó todo el tiempo para esa derecha y porque se esforzó todo el tiempo para desdibujarse ante la base peronista y hasta ocultarse detrás de Lorenzo

Miguel. El aparato miguelista se adueñó del proceso político del peronismo gracias al apoyo que se le brindó a la "combativa" CGT-RA, como al copamiento "normalizador" de los sindicatos. Miguel negoció con Azopardo y con los izquierdistas; a éstos primero los echó de la cancha de Atlanta (fines de 1982) y después los acogió cuando Nicolaides acusó a la izquierda de estar infiltrada por Montoneros. Miguel supo ver en Luder al hombre de la Iglesia y a partir de aquí, anudó sus relaciones con el clero, quien lo ha venido apoyando publicamente a través de las gestiones de Pastoral Social. También la Iglesia ha actuado para impedir que Miguel fuera a dar con sus huesos en la cárcel, a raíz de las acusaciones que recibiera por el asesinato de un guardaespaldas en la UOM.

La vieja izquierda peronista ha ido emigrando del peronismo, y una pequeña parte de ella, lamentablemente, se ha trenzado en ilusiones con los Intransigentes de Alende. Este es el círculo vicioso de una pequeña burguesía sin espíritu crítico.

Ahora, los que apoyan al peronismo y postulan frentes con él, tendrán que ser claros, tendrán que decir que apoyan al ultraderechista Iglesias como expresión del "pueblo peronista". Las fantasías de los partidos de izquierda, y en particular del partido comunista, con el peronismo han durado menos de lo que canta un gallo.

No es seguro que el electorado peronista comprenda en forma numerosa el desenlace derechista que ha tenido la reorganización del justicialismo. Pero a esta deficiencia ha contribuido la izquierda al negarse a formar un "frente antiimperialista" y volcarse en masa detrás del peronismo.

CAPITULO XX

Polarización electoral y polarización política

Una de las mayores confusiones que hay que disipar en la presente campaña electoral es la identificación que se está haciendo entre la polarización electoral y la polarización política. Que hay una polarización electoral es un hecho evidente, pues la gran mayoría del electorado está repartido entre radicales y peronistas. Pero esto no es igual a polarización política, y éste es el concepto fundamental que hay que manejar para definir una correcta táctica en la campaña.

Radicales y peronistas pueden estar disputándose el grueso del electorado, pero esto no significa que estos partidos se encuentren en campos antagónicos, ni que uno represente un movimiento emancipador frente al otro que tendría la exclusividad de representar el sometimiento de la Nación. Ambos partidos han colaborado durante más de tres años en la Multipartidaria, esto quiere decir que comparten una perspectiva estratégica y de clase. Han anunciado, además, que piensan continuar colaborando, y aun, que mantendrán al pentágono político.

En tanto que electoralmente se presentan uno en oposición al otro, en el campo político real ocupan la misma trinchera es la de regimentar al movimiento de los trabajadores, "sanear" la economía imponiendo austeridad a la clase obrera y arribar a un acuerdo con el FMI y la banca mundial.

Cuando existe una polarización política genuina puede darse la necesidad de que los obreros y los revolucionarios deban integrar uno de los dos campos en disputa (el campo antiimperialista), claro que sin sacrificar la propia independencia política y, aún más, manteniendo una severa actitud crítica ante los aliados impuestos por las circunstancias. Pero éste no es el caso actual. Los que esgrimen la polarización electoral para justificar su incorporación al bloque peronista o radical, adulteran la realidad y de alinean con uno de los frentes proimperialistas.

En una situación de confusión, como la que caracteriza a la campaña electoral, es obligación del Partido Obrero denunciar la falsa polarización electoral, señalar la real convergencia política entre los dos frentes o partidos patronales, y luchar por poner de relieve ante las masas una real confrontación de posiciones y estrategias. Si esta conducta no llega a clarificar por completo el proceso electoral, sirve enormemente para el período posterior, cuando las masas se defrauden de los partidos por los que han votado y busquen un nuevo reagrupamiento político.

Establecer los reales términos de polarización política —esa fue la función de la consigna "frente antiimperialista de toda la izquierda". Los partidos de esta izquierda, sin embargo, decidieron consciente y voluntariamente el seguidismo a la burguesía, someterse políticamente a ésta y renunciar a la conquista del liderazgo de la nación oprimida. No fueron obligadas por los hechos a seguir esta conducta porque —lo repetimos— no existe polarización política; lo que existe es una enorme confusión que la iz-

quierda ha contribuido a aumentar al tergiversar el significado de la llamada polarización electoral.

Para los que se han esforzado por confundir los términos de la actual lucha política y que buscan un consuelo electoral uniéndose a los candidatos pro-imperialistas, el resultado de las elecciones será una colosal frustración. Eso no ocurrirá con el Partido Obrero, porque éste lucha en el presente en función del futuro próximo, no busca un resultado electoral en sí mismo, sino que se esfuerza por extender y profundizar su agitación y su propaganda, y por organizar a la vanguardia obrera y juvenil. En este plano nuestra victoria ya es rotunda, pues el caudal militante del Partido Obrero se ha incrementado por siete desde enero pasado, y será diez veces mayor cuando lleguemos al 30 de octubre.

CAPITULO XXI

Abusan del "pueblo peronista"

La raquítica izquierda peronista, así como la izquierda no peronista que apoya al peronismo, no hace el menor esfuerzo por defender a los candidatos del peronismo. Uno les dice que esos candidatos son proimperialistas y ni se mosquean. Los propios candidatos y sus asesores repiten mil veces que irán al FMI y que se someterán a la banca mundial, o que harán la vista gorda a los reclamos de derechos humanos, pero nada de esto les importa. La prensa izquierdista no registra la menor crítica a las posiciones proimperialistas. ¿Hace falta decir que una conducta como ésta es una expresión de completa bancarrota política?

Para ocultar tamaña cobardía la izquierda peronista y la izquierda no peronista utilizan un argumento repetido, el cual durante muchos años influenció considerablemente a la juventud y en el que, es lo menos que podemos decir en favor, esa izquierda parece creer sinceramente. Ese argumento es que, en definitiva, no importan los candidatos ni, incluso, las direcciones que tenga el peronismo, lo que importa es que con el peronismo está la enorme

masa de los obreros (argumento del PC), o que el "pueblo es peronista" (argumento de la izquierda peronista).

El significado de este argumento sólo puede ser el siguiente: como los obreros están con el peronismo, o como el pueblo "es" peronista, el peronismo tiene una capacidad infinita de rectificación y de superación, como consecuencia de la presión obligada de las bases sobre sus direcciones.

Esta es la tesis esencial del "populismo", aunque lo esgrima la izquierda "marxista". Si los pueblos y los explotados en general tuvieran una capacidad absoluta e indefinida de torcer la trayectoria de los dirigentes, y aun de los dirigentes que representan a los explotadores, la política y la lucha política entre los partidos serían completamente absurdas e innecesarias. La lucha política existe, precisamente, porque los explotados y el conjunto de las masas sólo pueden elevarse hacia una comprensión real y genuina de sus intereses a través del proceso de la lucha entre los partidos, a través de la experiencia que ellas realizan con respecto a las diferentes corrientes políticas. Y es esa experiencia, así como la consiguiente modificación que produce en la conciencia propia de los explotados, lo que va provocando el cambio de influencias entre los diferentes partidos, hundiendo al que ha fracasado ante el examen de los hechos y potenciando al que expresa las tendencias históricas progresivas.

Como la realidad de la política y de la evolución de las masas es precisamente ésa, es fácil pronosticar la bancarrota de toda la izquierda pro-peronista, y esto a partir de sus propios argumentos. La izquierda le dice al "pueblo peronista" que vote a Luder, candidato proimperialista. Ya en el gobierno, Luder se manifestará como lo que es: un representante de la gran patronal proimperialista. El "pueblo peronista", que sufrirá las consecuencias de un tal gobierno, interrogará entonces a la mentada iz-

quierda: ¿ustedes sabían o no que nos llamaban a votar a un candidato de carácter proimperialista? Si la izquierda le responde que no sabía quien era Luder, el "pueblo peronista" le aconsejará que "cuelgue los botines" porque son unos inservibles. Y si la izquierda le dice que sí sabía quien era Luder, pero que no lo dijo para poder "acompañar" al "pueblo peronista", el repudio de este pueblo no será menor contra los que se atrevieron a engañarlo concientemente.

Justificar el apoyo político a un candidato proimperialista, con el argumento de que el pueblo que sigue a ese candidato es antiimperialista, es simplemente una canallada. Más tarde será ese pueblo antiimperialista el que sufrirá las consecuencias sociales, económicas y políticas del desgobierno de ese candidato. La tesis izquierdista se reduce a pontificar que los explotados argentinos están obligados a evolucionar sólo dentro de los moldes ideológicos del peronismo, lo que equivale a decir que éste sería eterno. Ni qué decir que la fuerza viva de la historia no puede ser comprimida en límites tan estrechos. La intensa experiencia histórica de nuestras propias masas lo desmiente: el propio peronismo nunca hubiera visto la luz si hubiera sido cierta esa tesis para el yrigoyenismo que le precedió.

Todo el argumento izquierdista reposa en una añoranza por el pasado. En 1945 el peronismo representó un fenómeno progresivo en relación con la Unión Democrática pro-yanqui y los gobiernos de la década infame. La clase obrera transitó obligadamente por el peronismo, ya que éste lo movilizaba para defender sus propias conquistas sociales y la relativa independencia política del país. Pero por su carácter de clase (burgués) el peronismo no podía ir más allá de esto, y es por ello que, desde hace más de treinta años, vive del capital político que amasó en sus primeros años. El nacionalismo burgués se ha agotado y

no puede dirigir ya la lucha nacional, porque la combativa clase obrera tiende a sobrepasar los límites que le fija el peronismo. Por eso el peronismo elige a los Luder, porque quiere candidatos del orden.

Se puede decir que toda la pequeña burguesía izquierdista del país vive dada vuelta hacia el pasado, y que no quiere ni puede entender que el futuro próximo es revolucionario, para lo cual es necesario una nueva dirección política. Que Alfonsín pueda amenazar una victoria electoral peronista es, de por sí, todo un síntoma de la descomposición de éste. En 1945, de cara al pasado, los izquierdistas se alinearon con la Unión Democrática; en 1983 vuelven a hacer lo mismo con lo que hoy es viejo: el nacionalismo burgués.

CAPITULO XXII

La derecha copa al peronismo

Al cierre de esta edición de "Prensa Obrera", Herminio Iglesias marchaba raudo hacia su consagración como candidato del justicialismo a la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Cafiero se desesperaba por parar su desastre político, y, en determinado momento, aceptó renunciar a sus pretensiones a cambio de una lista común con sus rivales para los cargos parlamentarios. Una idea de la relación de fuerzas dentro del peronismo la da el hecho de que Iglesias rechazó la ofrenda de "paz".

El congreso justicialista bonaerense destruyó en 48 horas el mito de que el nuevo soberano del peronismo era el afiliado (antes lo era Perón). Quedó puesto de relieve que el peronismo es un aparato político (como tal tiene que ser sostenido con mucho dinero) controlado por elementos patronales o burocráticos, en donde el afiliado trabajador no tiene nada que hacer salvo cuando es solicitado a votar por listas internas cuyos verdaderos compromisos desconoce.

La victoria del derechista Iglesias en el congreso bonae-

rense no es un hecho aislado —es decir, que estamos en presencia de toda una tendencia política. En el congreso capitalino del justicialismo los representantes del aparato de las 62 arrasaron como langostas en la cosecha de las candidaturas. En Salta, el superderechista y superoligárquico Romero impuso sus candidaturas contra todas las listas opositoras reunidas. El aparato que dominó al peronismo luego de la caída de Cámpora, en 1973, ha vuelto a tomar todo el control. De hecho, se está llamando a votar al gobierno isabeliano sin Isabel.

Por qué la derecha triunfa

Al comienzo de la "institucionalización" la mayoría de los "estrategas" burgueses pensó que los "balbinistas" del radicalismo y los "políticos" del peronismo armarían un gran acuerdo nacional e incluso un gobierno de coalición. La izquierda peronista partía de la convicción de que el período del peronismo derechista y matonero estaba liquidado, como un resultado de una revalorización del parlamentarismo, de la democracia y de la unión nacional, por parte del conjunto de la burguesía. En esta etapa todavía se pensaba que los Robledo y Matera podían llegar a ser los candidatos del peronismo.

Pero como la Multipartidaria (asiento natural de este acuerdo) se hundía en la parálisis, por su incapacidad para luchar contra la dictadura, la propia perspectiva de GAN se fue diluyendo. La UCR y el peronismo comenzaron a señalar que era contraproducente aparecer en connivencia porque eso podría llevar a una enorme parte del electorado obrero hacia la izquierda. Con la desintegración de la política de acción conjunta (que la Iglesia acentuó también contra el radicalismo "liberal"), el peronismo quedó

facilmente bajo la dependencia de los aparatos derechistas y de la burocracia sindical, que cuentan con sólidos lazos con la camarilla militar.

Los cafieristas y los saadistas batieron el parche, al principio, con la necesidad de "actualizar al Frejuli"; pensaban que en una coalición con los partidos democratizantes encontrarían el contrapeso a la derecha. Pero el problema de un nuevo Frejuli, como el de una nueva Hora del Pueblo, es que la burguesía sea capaz de ofrecer un programa que coloque a la mayoría del país detrás suyo por un período más o menos prolongado. Todo el mundo sabe, sin embargo, que un próximo gobierno deberá ajustarse al FMI, por lo que es mejor quedarse fuera de él (como alternativa de recambio) que quemarse miserablemente. La estrategia de "actualizar al Frejuli" fracasó en forma igualmente miserable. La izquierda y aún el centro "civilizado" del peronismo han sido aplastados. Numerosos afiliados de izquierda están rompiendo sus fichas. El peronismo y el régimen burgués en su conjunto van a las elecciones en un extraordinario grado de división. El gorila Iglesias Rouco ha llamado la atención sobre lo "negativo" de todo esto para la futura estabilidad política: ¡el diario "La Prensa" ha comenzado ha pedir que se piense en una coalición!! Los Luder, y en parte Miguel, están siendo presionados para dejar esta puerta abierta.

Relanzamos el frente de izquierda

El Partido Obrero ha estado trabajando por un reagrupamiento clasista, por lo tanto se ha opuesto al peronismo sobre una base de principios, candidatos obreros contra candidatos patronales, mucho antes que se vislumbrara la victoria de Iglesias. Pero los izquierdistas que persisten en ver al peronismo como el dirigente de la revolución

nacional tienen que responder si están dispuestos a votar por la ultraderecha.

Los sucesos del peronismo muestran la justeza de nuestra tesis de que la izquierda antiimperialista podría haberse convertido en una potencia política si se agrupaba en un frente común con un programa y candidatos consecuentes. Se nos objetaba que esto no era posible, el seguidismo al peronismo ha llevado al desastre a nuestros críticos.

La crisis en el peronismo recién comienza. Todavía falta ver lo que ocurrirá en el congreso nacional del justicialismo. Habrá un choque seguramente entre quienes quieren poner un límite a los derechistas y reabrir los puentes de un acuerdo con los radicales, y la fracción derechista en ascenso. Se comenta que ésta sería la oportunidad para que la fracción de Isabel juegue la carta de la ex presidente.

CAPITULO XXIII

La crisis de Cafiero
El Partido Intransigente,
eje de un reagrupamiento patronal

Hacia el fin de la semana pasada la crisis del peronismo había llegado a tal punto, que ya se hablaba abiertamente de la llamada "aventura loca": Cafiero rompería con la actual dirección del peronismo y se presentaría a las elecciones por su cuenta, bajo la sigla legal del Partido Intransigente, en una fórmula con Oscar Alende como segundo candidato.

Estos hechos plantean dos reflexiones. La primera se refiere a la veloz desintegración del peronismo. Queda claro que teníamos razón cuando dijimos que la elevada afiliación del peronismo había reflejado una ilusión en que sería capaz de mantenerse unido y resolver sus divergencias por medio de compromisos políticos. La realidad ha desmentido a quienes presentaron a aquellas afiliaciones como la prueba misma de la vitalidad del peronismo, confundiendo el fenómeno superficial de la afiliación con el fenómeno político de la incapacidad del nacionalismo burgués para enfrentar la crisis nacional sin atacar a los trabajadores.

Pero muy importante también es que, aunque más no sea en el terreno de las hipótesis, el PI aparezca como un eje de reagrupamiento de tendencias patronales enfrentadas a la camarilla sindical y derechista del peronismo. Durante mucho tiempo se tejió la posibilidad de que los sectores de la vieja izquierda peronista hicieran un frente con el PI y el PC, en lugar de participar de la reorganización del peronismo (como finalmente ocurrió). Que ahora se saque a relucir de nuevo esta otra posibilidad es significativo de una real tendencia política, que aunque no cuaje en la actualidad ha de reaparecer en un futuro muy próximo.

Un frente como el descripto sería un típico frente patronal, ciertamente "izquierdista", pero patronal. La finalidad de un bloque como éste no sería nunca liderar una consecuente lucha de masas contra el imperialismo, sino oponer el democratismo formal y parlamentario a la derecha peronista y a la camarilla militar. Tendría mucho en común con el alfonsinismo, pero sería diferente a éste porque tendría mayor peso de la burguesía industrial y de la burocracia sindical (en el cafierismo y sus aliados están Rodriguez, Dighon, Guillán, García).

El desarrollo del Partido Intransigente, alentado desde muchos lados, y hasta desde un sector de "extrema izquierda", aparece en su clara función política: atar a la pequeña burguesía antiimperialista y de izquierda a una estrategia de recambio de la gran patronal. La "independencia" de Alende respecto del peronismo ha sido realista y bien calculada ¿para qué sumarse incondicionalmente al peronismo, como lo hace el PC, si la crisis del peronismo obligará a la burguesía a alentar un reagrupamiento patronal de tinte izquierdista?

El empeño que puso Oscar Alende en el congreso reciente del PI para evitar que se plantee la reforma agraria y el no pago de la deuda externa también es muy signifi-

tivo. La reforma agraria figuró en la plataforma de muchos partidos patronales en el pasado, sin que nadie se mosqueara (en gran parte porque esa reivindicación significaba permitir que el arrendatario se transformase en propietario, por medio de una jugosa indemnización a los latifundistas financiada por los bancos). Pero ahora esa reivindicación (que significativamente, también fue eliminada del programa de la UCR, luego de todo un enfrentamiento) es repudiada por el PI. Está ejemplificado aquí el esfuerzo de Alende por mantener al PI como un partido seguro para el gran capital agrario. Agreguemos que aunque Alende aceptó al final la ley del divorcio vincular (¡a la que se oponía!), lo hizo en forma muy restrictiva, ya que exige dos años de intervalo antes de la sentencia de divorcio. De las otras reivindicaciones relativas a la mujer, ni hablar. Un claro paso hacia la Iglesia.

El PI aparece claramente como un pivote de un futuro "frente popular" (frente patronal de conciliación con el imperialismo), que somete a la clase obrera a través de un sector de la burocracia y del PC. Pero es precisamente por la existencia de una tendencia hacia el frentepopulismo que hay que plantear el frente antiimperialista revolucionario, para oponer a la "unidad antiimperialista" dirigida por la burguesía (de conciliación con el imperialismo y de subordinación de la clase obrera), la unidad antiimperialista que permita la lucha consecuente contra la opresión nacional y que facilite a la clase obrera la conquista de la hegemonía de la revolución.

CAPITULO XXIV

El indulto a Isabel Luder-Bittel: los candidatos de la alianza militar-clerical

En el primer reportaje que se le hiciera después de su nominación como candidato a presidente por el justicialismo, Luder declaró que lo que lo diferenciaba de Alfonsín era que él defendía la "doctrina social de la Iglesia". Plantear en estos términos las divergencias políticas entre los dos principales representantes patronales es significativo. Luder se confiesa candidato ungido por el episcopado y pretende dividir las aguas con su rival en torno a la actitud ante la Iglesia. Cuando se tiene presente que la "pastoral social" del episcopado intervino activamente en apoyo de la dirección sindical peronista; que monseñor Plaza acaba de hacer una descarada declaración de apoyo al derechista Iglesias; que Lorenzo Miguel ha sido elevado a máximo dirigente del justicialismo luego de haberse "pateado" por casi una decena de obispados; cuando se reunen todos estos elementos, está claro que la candidatura justicialista ha sido seleccionada con la activa participación del clero.

Es, en realidad, esto mismo lo que explica el no retor-

no de Isabel y la sanción de su indulto con posterioridad al congreso justicialista. La fracción ultraverticalista de la ex presidente responde, en líneas generales, junto con el masserismo, a la Logia P2, (por eso Massera pretendió el apoyo a Isabel). La Logia P2 estuvo asociada al Vaticano hasta la clamorosa ruptura por la quiebra del Banco Ambrosiano, donde el Vaticano tenía importantes colocaciones . Esta ruptura se ha reflejado también en el justicialismo, donde el ala clerical formó su fracción propia Luder-Miguel, independiente de Isabel.

El retraso del indulto a Isabel demuestra también la complicidad de la dictadura con la fórmula Luder-Bittel, porque se logró así sacar a la ex presidenta del congreso justicialista. Si se agrega a esto la entrega alevosa de los sindicatos a los burócratas más corrompidos, violando las más elementales normas democráticas, está claro que la otra vertiente de apoyo a la candidatura justicialista proviene de las fuerzas armadas.

El "misterio" del éxito de Luder reside en la alianza clerical-militar que, lógicamente, no hubiera tenido tan sólida consistencia si no hubiera contado con el apoyo del propio imperialismo. Para escamotear esta contundente realidad, Luder afirma que se impuso porque no formó ninguna tendencia interna y se mantuvo amigo de todo el mundo. Esto demuestra que es un oportunista contumaz, pero no que esa sea la realidad de su éxito, ni que esas sean las fuerzas motrices de su candidatura. La alianza clerical-militar permitió al aparato de las 62 copar el proceso peronista y dominar sus elecciones internas. Se apeló al subterfugio de presentar numerosas listas, que estaban infiltradas por elementos de ese aparato, y así se montó un supuesto proceso democrático y pluralista.

Iglesias, por su lado, no le fue en la zaga a Luder. También en su primer reportaje, a la revista Siete Días,

declaró que él era una valla al comunismo. No se puede ser más claro en una definición de afinidad con la dictadura. La necesidad de desmantelar al régimen militar no es para Iglesias una prioridad, sino formar un frente derechista (eso es el anti-comunismo). Esto se puso en práctica rápido en la agresión perpetrada contra las Madres.

Otra cosa que declaró Luder fue que era "indispensable recomponer nuestras relaciones con los Estados Unidos. Nosotros no podemos vivir el trauma de Malvinas como un ingrediente de nuestra política exterior..." (El Economista, 5/8/83, antes del congreso). Lo que aquí se dice es que Luder piensa deshacer lo único progresivo que tuvo la dictadura militar al descomponer las relaciones con el imperialismo mediante la guerra contra la flota. Las afirmaciones de Luder lo tipifican como un candidato del propio imperialismo, y son condicentes con las posiciones del Vaticano respecto al extremo sur del país. El P.O. piensa que el "trauma de Malvinas" debe ser, no ya un ingrediente, sino un factor esencial de la política exterior argentina. Es a este hombre que se pronuncia en forma tan claramente anti-nacional y tan capituladora ante "una de las superpotencias", que el maoísta PTP da su apoyo político, caracterizando que en la interna del peronismo triunfaron las fuerzas nacionalistas, tercermundistas y verticalistas,..." (de esto último no cabe duda).

Lo notable, sin embargo, es que todo esto lleve a la izquierda peronista a preguntarse "si el movimiento seguirá liderando la lucha por la liberación o se diluirá en el conglomerado de partidos del sistema" (editorial "La Voz", 11/9/83). En la pregunta está la respuesta, pues las dudas de que el peronismo pueda jugar algún rol, progresivo están planteadas a partir de estas candidaturas derechistas, clericales, reaccionarias, proimperialistas y prodictatoriales.

Desde ya puede pronosticarse que un gobierno Luder-

Bittel será un gobierno débil, y esto no sólo por la envergadura de la crisis y por la incapacidad manifiesta de aquellos para ofrecer un programa de salida. Existe además otro hecho: Luder es una figura sin aparato propio, que deberá mediar entre otros aparatos completamente en crisis y hambrientos de prebendas, como el militar y el burocrático-sindical. Esto nos demuestra las alturas a las que ha llegado la descomposición literal de la clase dominante explotadora.

Este libro se terminó de imprimir en Impresiones
Gráficas Tabaré SAIC - Erézcano 3158 - Capital
Octubre de 1983